

HABLAR Y CALLAR

*Funciones sociales del lenguaje
a través de la historia*

Peter Burke

gedisa
editorial

1

La historia social del lenguaje

En estos últimos años se ha desarrollado un campo relativamente nuevo de investigación histórica que podría describirse como una historia social del lenguaje, una historia social del habla o una historia social de la comunicación. Aproximadamente en la última generación se ha cobrado conciencia de la importancia que tiene el lenguaje en la vida cotidiana. Como lo muestra el auge de los movimientos feminista y regionalista, los grupos dominados se han dado cuenta cada vez más del poder del lenguaje así como de la relación del lenguaje con otras formas de poder. Por otro lado, filósofos, críticos y otros pensadores asociados con los movimientos comúnmente conocidos como estructuralismo y desconstruccionismo, a pesar de sus múltiples desacuerdos, comparten un vehemente interés por la lengua y el lugar que ésta ocupa en la cultura.

Que pertenezcan a uno o más de estos movimientos o ya sea que estén interesados en la historia oral (otro enfoque reciente), lo cierto es que una serie de historiadores ha llegado a reconocer la necesidad de estudiar el lenguaje particularmente por dos razones. En primer lugar, como un fin en sí mismo, como una institución social, como una parte de la cultura y de la vida cotidiana. En segundo lugar, como medio para comprender mejor las fuentes orales y escritas a través del conocimiento de sus convenciones lingüísticas.¹ Así y todo, todavía queda una brecha abierta entre las disciplinas de la historia, de la lingüística y de la sociología (inclusive de la antropología social). La brecha puede y debe llenarse con una historia social del lenguaje.

Como es sabido, la lengua tiene una historia. Romanos antiguos, como Varrón, y humanistas del Renacimiento, como Leonardo Bruni y Flavio Biondo, estaban interesados en la historia del latín.² En los siglos XVI y XVII se publicaron discusiones sobre el origen del francés, del italiano, del español y de otras lenguas, estudios que formaban parte de los debates acerca de los méritos relativos del latín y de las lenguas vernáculas y acerca de las maneras correctas de hablar y de escribir estas últimas.³

En el siglo XIX, la escuela dominante de lingüistas, los llamados “neogramáticos”, estaba principalmente interesada por la reconstrucción de formas tempranas de lenguas particulares como las “protorromances” y las “protogermánicas” y por formular leyes de la evolución lingüística.⁴ Este era el enfoque contra el cual reaccionó el lingüista Ferdinand de Saussure, considerado ahora como el padre del estructuralismo, alegando que la escuela histórica de lingüistas se preocupaba muy poco por la relación que hay entre las diferentes partes de un sistema lingüístico.⁵ Sin embargo, en la época de Saussure continuó dominando el enfoque histórico. El *Oxford English Dictionnary*, proyectado —como lo declaraba la primera página— según “principios históricos”, comenzó a publicarse en 1884, en tanto que su equivalente francés, publicado por Emile Littré, comenzó a aparecer en 1863.⁶ A partir de entonces las historias del inglés, del francés y del alemán que alcanzaron la condición de clásicos, datan originalmente de alrededor del año 1900.⁷

De cualquier manera, a este enfoque de la historia de la lengua le faltaba una plena dimensión social. Hijos de su época, estos estudiosos del siglo XIX concebían la lengua como un organismo que “crece” o “se desarrolla” a través de fases definidas y expresa los valores o el “espíritu” de la nación que la habla. El interés de estos hombres era nacional —o hasta nacionalista— en vez de social. Estudiaban la historia interna de las lenguas, la historia de su estructura, pero pasaban por alto lo que ha dado en llamarse “historia externa”, es decir, la historia de su uso.⁸ Estos estudiosos mostraban poco interés por las diferentes variedades de la “misma” lengua hablada por diferentes grupos sociales. Por otra parte, este aspecto es central para la sociolingüística contemporánea que se cristalizó como

disciplina a fines de la década de 1950 en los Estados Unidos y en otras partes.

Desde luego, darse cuenta de la significación social de las variedades del habla dista mucho de ser un hecho nuevo. Se ha afirmado con bastante plausibilidad que en Italia el siglo XVI fue “la época en que por primera vez se consideró la lengua como un fenómeno primariamente social”.⁹ Un escritor italiano publicó en 1547 un libro “Sobre el discurso y el silencio” que organizó el estudio de acuerdo con las modernas categorías de “quién”, “a quién”, “por qué”, “cómo” y “cuándo”,¹⁰ lo cual nos recuerda cuánto debe la sociolingüística a la tradición de la retórica clásica.

En esa época otros autores hicieron también agudas observaciones sociolingüísticas. Vincenzo Borghini, por ejemplo, trató de explicar las formas arcaicas del habla de los campesinos toscanos alegando que los campesinos “conversan menos con forasteros que los hombres de la ciudad y que por esa razón modifican poco su lenguaje”. En su famoso diálogo sobre “conversación urbana”, Stefano Guazzo describió el duro acento de los piemonteses, la propensión de los genoveses a tragarse las palabras, el habla de los florentinos, con sus bocas “llenas de aspiraciones”, etcétera.¹¹

Una análoga conciencia sociolingüística puede encontrarse en las obras de Shakespeare. En una famosa escena de *Enrique IV*, por ejemplo, Hotspur critica a su esposa Kate por decir “de buena fe”, porque ese giro no era aristocrático. “Juras como la mujer de un confitero”, le dice. Lo que Hotspur deseaba oírle decir era “un buen juramento que llene bien la boca”. En el siglo XVII, Molière, como veremos luego, tenía un oído particularmente agudo para distinguir los matices sociales expresados por diferentes variedades de lenguaje. Lo mismo se puede decir de Goldoni que escribió en el siglo siguiente.

Los autores de novelas del siglo XIX, desde Jane Austen y George Eliot hasta León Tolstoi y Theodor Fontane, presentan una fuente aun más rica de observaciones sobre la significación social de diferentes modos de hablar. Piénsese, por ejemplo, en Rosamond Vincy, de *Middlemarch*, que objeta la frase de su madre “un montón de ellos”, por considerarla una “expresión bastante vulgar”, en tanto que su alegre hermano afirma —con

lo que resulta un paralelo de lo que dicen hoy los lingüistas— que el llamado inglés “correcto” no es nada más que “la jerga de remilgados”. Cuando el anciano abogado Standish, personaje de la misma novela, jura “¡Por Dios!”, el autor interviene para explicar que el personaje usa ese juramento como “una especie de blasón heráldico que muestra el modo de hablar de un hombre que ocupaba una buena posición”. Usaba el juramento, según diríamos hoy, como un símbolo de estatus.¹²

La agudeza de percepción de estos autores era ciertamente extraordinaria. Así y todo no habría casi necesidad de elaborar una historia social del lenguaje, si los hablantes corrientes no tuvieran más o menos conciencia de la significación social de los estilos del habla; por su parte, los “trepadores sociales” son siempre hiperconscientes en tales cuestiones.

Tampoco es una idea nueva la de que la lengua constituye un instrumento potencial en manos de la clase gobernante, un instrumento que los miembros de esa clase pueden emplear tanto para engañar como para controlar o comunicarse. El uso del latín en la Europa moderna temprana es un obvio ejemplo de ello, como veremos en detalle más adelante (pág. 54). El uso de otra lengua extranjera, “el francés jurídico” en los tribunales ingleses fue criticado por hombres tan diferentes como el arzobispo Thomas Cranmer, el rey Jacobo I y los radicales del siglo XVII John Lilburne y John Warr.¹³ Por otra parte, a mediados del siglo XIX, el sociólogo británico Herbert Spencer ya recomendaba la investigación histórica de lo que él mismo llamaba “el control ejercido por una clase sobre otra, tal como se manifestaba en las observancias sociales como títulos, saluciones y formas de dirigirse a las personas”.¹⁴

De todas formas, como lo observó el filósofo Alfred Whitehead, “Toda cosa de importancia ha sido dicha antes por alguien que no la descubrió”. En otras palabras, hay una enorme diferencia entre el vago conocimiento de un problema y la investigación sistemática de ese problema. En el caso de la relación entre lengua, pensamiento y sociedad, exploraciones pioneras fueron llevadas a cabo desde fines del siglo XIX especialmente por el sociólogo Thorstein Veblen, el crítico literario Mijail Bajtín y los lingüistas Fritz Mauthner, Benjamin Whorf y Antoine Meillet.

Veblen, por ejemplo, dedicó profunda atención a los fenómenos lingüísticos cuando formuló su famosa “teoría de las clases ociosas”.¹⁵ Bajtín criticó al lingüista estructural De Saussure por su falta de interés en los cambios producidos en el tiempo y desarrolló la teoría de la “heteroglosia” (*raznorechie*) según la cual una lengua, el ruso, por ejemplo, es el resultado de la interacción de diferentes dialectos, jergas, etc., es decir, diferentes formas de lenguaje asociadas con diferentes grupos sociales y los diversos puntos de vista de éstos; de manera que el hablante de una lengua tiene que apropiarse, partiendo de la boca de los demás, de la lengua que habla y adaptarla a sus propias necesidades.¹⁶

Fritz Mauthner, en cambio, tenía una posición lingüística determinista. Desarrollando la idea de Nietzsche de la lengua concebida como una “prisión” (*Gefängnis*), Mauthner declaró que “si Aristóteles hubiera hablado chino o dacota, habría llegado a un sistema lógico enteramente diferente” (*Hätte Aristoteles Chinesisch oder Dakotaisch gesprochen, er hätte zu einer ganz andern Logik gelangen müssen*).¹⁷ Los controvertidos pero influyentes ensayos de Whorf afirmaban esencialmente lo mismo al declarar que las ideas fundamentales de un pueblo, como el de los indios hopi—sus concepciones del tiempo, del espacio, etc.— están modeladas por la estructura de su lengua, por sus géneros gramaticales, sus tiempos verbales y otras formas gramaticales y sintácticas.¹⁸

En Francia, Antoine Meillet, un ex discípulo de Saussure, pero entregado al estudio histórico, describió el lenguaje de conformidad con la concepción de Durkheim, como “un hecho eminentemente social” (*éminemment un fait social*). Meillet era un semideterminista que sostenía que “Las lenguas sirven para expresar la mentalidad de quienes las hablan, pero cada lengua constituye un sistema en alto grado organizado que se impone a los hablantes y da a sus pensamientos su forma; sólo se somete a la acción de la mentalidad en cuestión, de una manera lenta y parcial.”¹⁹

El historiador francés Lucien Febvre, un discípulo de Meillet, ilustró su teoría sobre la relación que hay entre la lengua y la mentalidad en un estudio acerca de François Rabelais y el problema de la incredulidad. En ese estudio,

Febvre sostenía que el ateísmo era imposible en el siglo xvi, entre otras razones por la falta de conceptos abstractos en el idioma francés, circunstancia que daba apoyo a la cosmovisión imperante.²⁰ Anteriormente, entre 1906 y 1924, Febvre había escrito una serie de artículos sobre la historia de la lengua en la *Revue de Synthèse Historique* en los que alababa la obra de Meillet y recomendaba a los historiadores que siguieran lo que estaban haciendo los lingüistas, por ejemplo, el estudio de la difusión del francés en el sur de Francia durante los siglos anteriores a la revolución francesa.²¹

Este tema revestía también gran interés para el amigo y colega de Febvre, Marc Bloch. A decir verdad se ha sugerido que Bloch aprendió el método comparativo de los lingüistas, especialmente de Meillet.²² Historiadores de otros países y de otros campos —los historiadores eclesiásticos Gustav Mensching, Jozef Schrijnen y Christine Mohrmann, por ejemplo, el historiador de la cultura española, Américo Castro, y el historiador sueco Nils Ahnlund— también estaban estudiando alrededor de la misma época aspectos de la relación entre lengua y sociedad.²³

En cuanto a la fase de investigación sistemática, ésta se alcanzó una generación atrás, a fines de la década de 1950 y principios de la de 1960, con el desarrollo de lo que, de varias maneras se ha llamado “sociolingüística”, “etnolingüística”, “sociología del lenguaje”, “etnografía del habla” o “etnografía de la comunicación”. En el mundo anglohablante, las figuras más importantes incluyen a Joshua Fishman, John Gumperz, M. A. K. Halliday, Dell Hymes y William Labov. Los diferentes nombres que se dan a la nueva disciplina o subdisciplina representan diferencias sustanciales de enfoque (enfoque macrosociológico o enfoque microsociológico) relativas a la “lengua” en el sentido amplio o en el sentido estrecho. De cualquier manera, esos diferentes nombres no deben eclipsar lo que las distintas escuelas tienen en común, o la importancia que posee este cuerpo común de ideas para los historiadores sociales.²⁴

Como algunos historiadores británicos, norteamericanos y alemanes han tomado recientemente lo que se ha dado en llamar un “giro lingüístico”, y como están ahora muy interesados por ciertos aspectos del lenguaje y la comunicación, vale la

pena intentar definir la diferencia que hay entre sus enfoques y la historia social del lenguaje que recomendamos en este volumen (y que esperamos que se cultive).

Por un lado, Hans Georg Gadamer y Jürgen Habermas se interesan por las teorías generales de la hermenéutica y de la conducta en la comunicación. No es que ignoren la historia, pero cifran su interés en las principales tendencias de la historia del Occidente moderno, en lugar de hacerlo en la comunicación cotidiana en un nivel local.²⁵

Por otro lado, en los seis extensos volúmenes de su *Grundgeschichtliche Grundbegriffe*, Reinhart Koselleck y sus colegas se ocupan del lenguaje como fuente para el estudio de la “historia de conceptos” (*Begriffgeschichte*) y no del discurso oral y escrito como actividades dignas de atención histórica por sí mismas.²⁶ De manera semejante a la de Koselleck, algunos historiadores anglohablantes del pensamiento político (especialmente J. G. A. Pocock y Quentin Skinner) se han concentrado en los cambios de lo que estos autores llaman a veces “el lenguaje de la política”; a su vez, historiadores sociales han examinado el “lenguaje de las clases altas” y el “lenguaje de las clases obreras”.²⁷

No me propongo criticar aquí ninguna de estas importantes empresas intelectuales; simplemente deseo sugerir que hay o debería haber lo que podría llamarse “espacio conceptual” entre tales posiciones, para dar cabida a un tercer enfoque, más sociológico que el de Koselleck, que el de Pocock o el de Skinner y más concreto que el de Habermas. Este tercer enfoque podría resumirse como el intento de agregar una dimensión social a la historia del lenguaje y una dimensión histórica al trabajo de los sociolingüistas y etnógrafos del habla.

Conviene hacer hincapié en el interés por la comunicación oral y escrita mostrado en el pasado. Como la historia de la cultura popular, la etnografía histórica del habla comprende un desplazamiento del interés histórico que pasa de los actos comunicativos de una minoría a los de todo el pueblo. Lo mismo que en el caso de la cultura popular, es difícil encontrar aquí fuentes que sean ricas y a la vez confiables; pero lo cierto es que, como veremos, existen fuentes de la historia del lenguaje.

¿Qué tienen que ofrecer a los historiadores estos etnógra-

fos y sociólogos? Son hombres que muestran una aguda conciencia de “quién habla, qué lenguaje habla, a quién le habla, y cuándo lo hace”.²⁸ Muestran que las formas de comunicación no son portadoras neutras o indiferentes de información sino que transmiten sus propios mensajes. Esos estudiosos han expuesto una serie de teorías que los historiadores pueden someter a prueba. También crearon un rico vocabulario analítico. Así como los beduinos poseen múltiples palabras para designar el “camello” y los esquimales para designar la “nieve”, porque estos pueblos establecen en estos terrenos distinciones más finas de las que necesitamos establecer nosotros en general, de la misma manera los sociolingüistas poseen muchas palabras para designar la lengua y el lenguaje.

En ese vocabulario, el término “variedad” o “código” ocupa un lugar central. (El término “código”, empleado por los estructuralistas en oposición a “mensaje” parece que está cayendo en desuso a causa de sus ambigüedades).²⁹ Puede definirse una variedad como el modo de hablar empleado por una determinada “comunidad lingüística”.³⁰

Se ha criticado el concepto de “comunidad lingüística”—así como se han criticado otros conceptos de comunidad— pues la expresión supone un consenso social e ignora los conflictos y la subordinación.³¹ Ignorar conflictos sociales y lingüísticos sería ciertamente un error, pero rechazar la idea de comunidad es ir seguramente demasiado lejos. Después de todo, solidaridad y conflictos son las caras opuestas de la misma moneda. Los grupos se definen a sí mismos y forjan solidaridades en el curso de un conflicto con otros grupos (un punto que hemos de desarrollar con más detalles *infra*, págs. 87-98). De ahí que la validez de esta crítica de la idea de “comunidad lingüística” depende de la manera en que se use el concepto. En estas páginas lo empleamos ya para describir rasgos comunes del habla, ya para referirnos a la identificación de un individuo o de un grupo con determinadas formas de lenguaje, sin hacer ninguna suposición sobre la ausencia de conflictos lingüísticos o de otra índole ni sobre la superposición de una comunidad definida en términos lingüísticos y la comunidad social o religiosa que se encuentra en la misma región.

Simplificando a grandes rasgos, como inevitablemente

ocurre con las introducciones, podría afirmarse que los sociolingüistas han empleado esta idea de la variedad en el lenguaje para llegar a cuatro puntos o conclusiones sobre la relación entre las lenguas y las sociedades en que ellas se hablan o se escriben. Estos puntos podrán parecer bastante obvios cuando se los formula de una manera simple y llana, pero lo cierto es que por lo menos hasta ahora no se han integrado plenamente en la práctica de los historiadores sociales. Dichos puntos son los siguientes:

1. Diferentes grupos sociales usan diferentes variedades de la lengua.
2. Los mismos individuos emplean diferentes variedades de lengua en diferentes situaciones.
3. La lengua refleja la sociedad o la cultura en la que se la usa.
4. La lengua modela la sociedad en la que se la usa.

En las páginas siguientes comentaremos estos puntos uno por uno y presentaremos algunas ilustraciones históricas.

1) Diferentes grupos sociales usan diferentes variedades de la lengua.³² Los dialectos regionales quizá sean el ejemplo más evidente de variedades, que no sólo revelan diferencias entre comunidades, sino que también —por lo menos en ocasiones— expresan la conciencia de esas diferencias o el orgullo que ellas causan. Lo que los lingüistas llaman “lealtad a la lengua” puede también caracterizarse como la conciencia de una comunidad, por lo menos de lo que Benedict Anderson ha llamado una “comunidad imaginada”.³³ Sin embargo, un habla común puede coexistir con profundos conflictos sociales. Un acento distintivo —si no ya otra cosa— une a católicos y protestantes de la Irlanda del Norte y a negros y blancos de Sudáfrica o de América del Sur.

Algunas otras variedades de lenguaje, basadas en las ocupaciones, los sexos, la religión u otras actividades que pueden ir desde el fútbol hasta las finanzas, se conocen como “dialectos sociales”, “sociolectos” o “lenguas especiales” o “lenguajes sectoriales” (*Sondersprache*, *langues spéciales*, *lingua-*

ggi settoriali).³⁴ El lenguaje secreto de mendigos y ladrones profesionales (conocido con nombres diversos tales como *Rotwelsch*, *argot*, jerga y otros) despertaron el interés de autores en época relativamente temprana y comenzaron a aparecer guías publicadas a partir del siglo XVI.³⁵ Hasta ahora, el lenguaje de los soldados (por ejemplo) o de los abogados ha despertado menor interés, pero merece amplio análisis desde este punto de vista.³⁶

Asimismo, el lenguaje de las mujeres fue y es diferente del de los hombres en una serie de aspectos. En varias sociedades estas diferencias comprenden cierta predilección por los eufemismos y por los adjetivos con carga emotiva, una retórica de la vacilación y de la alusión y un estricto atenerse a las formas “correctas”. Las mujeres no sólo hablan de manera diferente de la de los hombres, sino que en muchos lugares se les ha enseñado a hablar diferentemente, a expresar su subordinación social en una variedad lingüística vacilante que expresa “impotencia”.³⁷ La entonación, así como el vocabulario y la sintaxis del lenguaje de las mujeres están influidos por lo que ellas creen que los hombres desean oírles decir.³⁸ Como observa un personaje de Shakespeare, “su voz era siempre dulce, susurrante y acariciadora, cualidades excelentes en una mujer” (*El rey Lear*, acto V, escena 3). Hasta la señora Thatcher se plegó a esta convención cuando, siendo primera ministra, tomó lecciones de elocución a fin de disminuir el volumen de su voz.³⁹

Se nos dice también que “Las mediciones estadísticas muestran que los hombres hablan en voz más alta y más frecuentemente que las mujeres, que suelen interrumpir, imponer sus puntos de vista y hacerse cargo de la conversación y son más inclinados a amedrentar mediante gritos a los demás. Las mujeres tienden a sonreír obligadamente, a excusarse o, cuando dan en accesos de inseguridad, intentan imitar a los hombres y superarlos.”⁴⁰ Por otra parte, las mujeres emplean estrategias indirectas, como las que practican el arte de hacer a sus maridos “preguntas insignificantes y discretas”, una observación hecha recientemente sobre una aldea de España, pero que puede tener mayor importancia y cuyos límites deberán establecer los futuros historiadores sociales.⁴¹

Asimismo, variedades distintivas de lengua fueron a me-

nudo la marca de minorías religiosas. En un estudio pionero, el historiador holandés Jozef Schrijnen observaba que los primeros cristianos, lo mismo que los abogados, los soldados, los barqueros y otros grupos sociales, empleaban una *Sondersprache*, una variedad del latín que expresaba su solidaridad. Los cristianos acuñaron nuevos términos, como por ejemplo, *baptizare* o usaron antiguos términos como *carnalis* en un nuevo sentido, y así crearon una “ceñida comunidad lingüística” (*schuf eine engere Sprachgemeinschaft*), que expresaba la fuerte solidaridad de un grupo perseguido.⁴²

En la Inglaterra de fines de la Edad Media, los herejes conocidos como lolardos elaboraron, según parece, un vocabulario distintivo. A principios de los tiempos modernos, se suponía que los puritanos se reconocían por su pronunciación nasal, así como por la frecuencia con que usaban términos tales como “puro”, “celo” o “carnal”, una costumbre parodiada en una pieza de Ben Jonson, *Bartholomew Fair*.⁴³ Los cuáqueros se distinguían no sólo porque insistían en emplear el familiar pronombre “tú” para dirigirse a cualquiera, sino también porque se negaban a usar ciertas palabras comunes como “iglesia”, para no mencionar su especial proclividad por el silencio en reuniones destinadas a la oración.⁴⁴

En otras partes de Europa, algunas minorías religiosas se reconocían también por su modo de hablar. Según el autor italiano del siglo XVI, Stefano Guazzo, los calvinistas franceses o hugonotes podían reconocerse por el tono de la voz, tan mansa que resultaba apenas audible, como si estuvieran agonizando. Su habla estaba plagada de frases bíblicas, por lo cual irreverentemente se la conocía como “el dialecto de la Tierra Prometida” (*le patois de Canaan*).⁴⁵ Según el crítico de fines del siglo XVIII, F. A. Weckherlin, el típico pietista alemán “es lloroso o gime o suspira suave y dulcemente” (*weinerlich, sanft und leise wimmert oder seufzt*); además emplea un vocabulario distintivo con adjetivos favoritos como *liebe* o giros como “la plenitud del corazón” (*Fülle des Herzens*).⁴⁶

Variedades lingüísticas están relacionadas también con la clase social. Dada la reputación del inglés en semejantes cuestiones, no nos sorprende descubrir que la discusión más conocida sobre este tema se refiere a las formas llamadas “U” y “no U”

del inglés. Fue el lingüista Alan Ross quien acuñó el término “U” para designar el lenguaje de las clases altas británicas y “no U”, para designar el lenguaje de las demás clases. Explicaba este lingüista, o mejor dicho afirmaba, que *looking-glass* [espejo] era “U” en tanto que *mirror* [espejo] era “no U”; que *writing-paper* [papel de cartas] era “U”, en tanto que *note-paper* [papel de notas] era “no U”; que *napkin* [servilleta] era “U” y que *serviette* era “no U”, etc.⁴⁷ Sus ideas fueron recogidas y popularizadas por su amiga Nancy Mitford.⁴⁸

Esta discusión parece haber suscitado considerable inquietud, por lo menos en Gran Bretaña, y una generación después, cuando ya la disputa ha pasado a la historia, podría valer la pena investigar si los usos lingüísticos cambiaron en algunos círculos. Sin embargo, parejas tales de términos no eran nuevas en el uso inglés. En 1907, una autora que escribía sobre etiqueta, lady Grove, ya recomendaba que uno debería decir *looking-glass* en vez de *mirror* y *napkin* en vez de *serviette*.⁴⁹ En todo caso, si bien se cree que estas parejas de términos reflejan una obsesión peculiarmente inglesa por las clases, las distinciones de este género tienen paralelos en otras partes del mundo.

En Filadelfia y en la década de 1940, por ejemplo, era “U” referirse a la “casa” y a los muebles de uno pero era “no U” llamarlos “hogar y mobiliario”; era “U” decir que uno “sentía malestar”, pero “no U” decir que se sentía “enfermo”. Análogamente, Emily Post recomendaba a sus lectores que no dijeran nunca que tenían un “hogar elegante”, sino que lo llamaran una “bonita casa”.⁵⁰ Mucho antes, en la Dinamarca del siglo XVIII, el dramaturgo Ludvig Holberg presenta en escena un personaje en su *Erasmus Montanus* (acto I, escena 2) que hace un comentario sobre la manera en que cambiaba el lenguaje para reflejar algunas aspiraciones o pretensiones de la gente. “En mi juventud aquí la gente hablaba de manera diferente de lo que lo hace ahora; cuando hoy se habla de un “lacayo”, la gente de antes decía “un muchacho”...; un “músico” se llamaba “un ejecutante” y “un secretario”, “un escribiente”” (*I mi Ungdom talede man ikke saa her paa Bierget som nu; det som man nu kalder Lakei, kaldte man da Dreng... en Musikant Spillemand, og en Sikketerer Skriver*). Unas generaciones antes, en la

Francia del siglo xvii, François de Callières, que luego llegó a ser secretario privado de Luis XIV, escribió un diálogo titulado *Mots à la mode* (1693), en el que señalaba diferencias entre lo que él llamaba “estilos burgueses de hablar” (*façons de parler bourgeoises*) y formas características de la aristocracia. Una de las participantes, la marquesa, se declara incapaz de soportar a una señora burguesa que llama a su cónyuge *mon époux*, en lugar de decir *mon mari*, de manera que modos de hablar revelan “diferentes clases sociales” (*espèces de classes différentes*).⁵¹

Y ya antes, en la Italia del siglo xvi, el autor Pietro Aretino, que rechazaba el purismo lingüístico de Pietro Bembo y otros humanistas por considerarlo artificial, poco natural, se burlaba al presentar en uno de sus diálogos a una mujer de baja condición social y elevadas pretensiones que pensaba que una ventana debía llamarse *balcone* y no *finestra*, como era lo corriente; que era apropiado decir *viso* para la cara, pero impropio (o sea “no U”) decir *faccia*. La broma de Aretino habría tenido poca importancia si otras personas no hubieran tomado seriamente en cuenta la cuestión.⁵² En el mismo medio, los cortesanos parecen haber afectado una forma especial de pronunciación, un arrastrar las palabras criticado por uno de los interlocutores del famoso *El cortesano* (libro I, capítulo 19 de Baldassare Castiglione), pues significaba hablar “de manera tan lánguida que parecían a punto de rendir el alma” (*così afflitta, che in quel punto par che lo spirito loro finisca*).

No sólo en el Occidente las variedades lingüísticas simbolizan posición social. En Java, por ejemplo, la elite tiene su propio dialecto (o, mejor dicho, “sociolecto”), el alto javanés, que se distingue no sólo por su vocabulario sino también por su gramática y sintaxis.⁵³ Entre los wolof del Africa Occidental, el acento o, más exactamente el tono, es un indicador social. Los nobles hablan en voz tranquila y baja, como si no necesitaran hacer ningún esfuerzo para captar la atención de sus oyentes, en tanto que la gente común habla a grandes voces y gritos.⁵⁴ Análogamente, un autor isabelino que escribía sobre el inglés, aconsejaba a sus lectores que “al hablar a un príncipe la voz debe ser baja y no alta ni estridente, pues aquélla es un signo de humildad y la otra manifiesta demasiada audacia y presun-

ción”.⁵⁵ El paralelo con la voz baja que los hombres isabelinos preferían oír en sus mujeres es ciertamente evidente.

Desde el punto de vista de un historiador es importante observar que los símbolos lingüísticos de estatus están sujetos a cambios con el correr del tiempo. En Gran Bretaña, a diferencia de muchas otras partes de Europa, los acentos regionales fueron durante un par de siglos “no U”. Sin embargo esto no siempre fue así. En la corte de la reina Isabel, sir Walter Raleigh hablaba, según se decía, con un fuerte acento de Devonshire que no lo perjudicó en su carrera y el doctor Johnson, ese árbitro del inglés correcto, hablaba con acento de Staffordshire.⁵⁶

De esta propensión al cambio no se sigue que el simbolismo social de las variedades de lengua sea completamente arbitrario. El sociólogo norteamericano Thorstein Veblen expuso la fascinante sugerencia de que las maneras de hablar de una clase alta (o “clase ociosa”, como él dice) eran necesariamente “engorrosas y anticuadas” porque esos usos implicaban malgastar el tiempo y, por lo tanto, quienes hablaban de ese modo estaban exentos “de la necesidad de un discurso directo y eficaz”.⁵⁷ El ejemplo del pueblo wolof, que acabamos de citar, parece ilustrar bien este punto y a los historiadores no les será difícil reunir muchos ejemplos que presten apoyo a esta hipótesis. Unos sesenta años después de Veblen, la idea de éste sobre los necesarios vínculos entre variedades de lenguaje y grupos sociales que los emplean fue fortalecida por otro sociólogo, Basil Bernstein, cuyas opiniones suscitaron considerable controversia.

Al estudiar el lenguaje de los alumnos de algunas escuelas londinenses durante la década de 1950, Bernstein distinguió dos variedades principales (o, como él las llamó, “códigos”), el código “elaborado” y el código “restringido”. El código restringido emplea expresiones concretas y deja implícitas las significaciones que deben inferirse del contexto. En cambio, el código elaborado es abstracto, explícito e “independiente del contexto”. Bernstein explicaba la diferencia atendiendo a dos estilos distintos de la crianza de los niños, estilos asociados a dos tipos de familia y dos clases sociales. En términos generales, el código elaborado es el código de la clase media, en tanto que el código restringido es el de las clases obreras.⁵⁸

Originalmente imaginado para explicar que en general los hijos de la clase obrera no logran obtener buenas notas en los exámenes de la escuela, la teoría de Bernstein tiene implicaciones mucho más amplias, especialmente en lo tocante a la relación entre lengua y pensamiento, investigada por Whorf y otros. Desde el punto de vista de un historiador de las mentalidades, existen inquietantes similitudes entre los dos códigos y los contrastes que tan a menudo se han establecido entre dos estilos de pensamiento que se han llamado pensamiento “primitivo” y pensamiento “civilizado”, “tradicional” y “moderno”, “prelógico” y “lógico” o (a mi juicio, más convenientemente) “oral” y “letrado” o escrito.⁵⁹

Las observaciones de Bernstein sobre los niños ingleses provocaron una tormenta de críticas que, por ejemplo, señalaban que este autor había sugerido que los individuos son prisioneros del código que usan y que había hecho hincapié en las debilidades del código de la clase obrera, mientras ponía el acento en los rasgos positivos del código de la clase media.⁶⁰ Algunas de estas críticas ciertamente dan en el blanco. Así y todo, las hipótesis de Bernstein sobre los modos en que se adquieren en la niñez estilos de habla y estilos de pensamiento resultan sumamente estimulantes y sugestivas.

Para los historiadores queda en pie la cuestión fundamental de explicar cómo y por qué algunas lenguas o variedades de lenguas se han difundido (geográfica o socialmente) o se han impuesto en el curso del tiempo, en tanto que otras han declinado. Los lingüistas se han interesado cada vez más por este problema en los años recientes y éste parece un promisorio campo para la cooperación interdisciplinaria.⁶¹

2) De estos estudios recientes sobre la difusión de las lenguas se desprende la conclusión de que es necesario estudiar a las personas que hablan más de una determinada lengua o una variedad de lengua y descubrir los usos que las personas hacen de esas diferentes formas de hablar. Esto nos lleva al segundo de nuestros cuatro puntos: el hecho de que, en diferentes situaciones, el mismo individuo emplee diferentes variedades de lengua, diferentes “géneros discursivos”, como los llama Bajtín o diferentes “registros” como dicen ahora los so-

ciolingüistas.⁶² Por ejemplo, puede muy bien ocurrir que los “códigos” elaborado y restringido que descubrió Bernstein sean descritos como “registros” en este sentido, es decir, que sean los sirvientes antes que los amos de los individuos que los emplean.⁶³

Siguiendo esta orientación Bajtín criticó a Saussure por ignorar éste la creatividad y capacidad de adaptación del habla ordinaria. Esta capacidad de adaptación socava la idea de la lengua concebida como una “prisión” que ejerce coacción en la conducta de quienes la emplean, así como subvierte la idea de “reglas” estrictas con las que nuestra cultura nos programa. En cambio este rasgo presta apoyo a la idea más flexible de *habitus* debida a Pierre Bourdieu, definida como el “principio de improvisaciones reguladas” y presta apoyo también al argumento de Erving Goffman de que las situaciones influyen en la conducta de los individuos y en la de los grupos sociales a los que pertenecen.⁶⁴

Un ejemplo que podría resultar fructífero desde este punto de vista es el estudio de las lenguas empleadas en las lápidas sepulcrales. Un historiador interesado en el nacionalismo del siglo XIX podría sentirse tentado a leer lápidas suecas en Finlandia, digamos, o lápidas sepulcrales alemanas en Bohemia, como prueba de la lealtad lingüística local, pero ese historiador haría bien en considerar la posibilidad de que hablantes del finés o del checo estimaran que el sueco y el alemán eran las lenguas apropiadas en ese contexto particular, así como el latín lo fuera en siglos anteriores.

Algunos novelistas del siglo XIX, como Thomas Hardy, por ejemplo, se daban cuenta de la existencia de diferentes registros. Se nos dice que la heroína de *Tess of the Durbervilles* (1891) hablaba “dos lenguas”, en otras palabras el dialecto de Dorset en su casa y alrededores y el inglés corriente cuando lo hacía con personas de condición superior.

Los sociolingüistas han desarrollado este punto al analizar lo que llaman las “estrategias”, conscientes o inconscientes, empleadas para pasar de un registro a otro.⁶⁵ Sus estudios sobre individuos y comunidades bilingües han mostrado que las personas pasan de una lengua a otra no de manera arbitraria o fortuita sino según quiénes participan en la conversación y

sobre todo según el tema que se discute, el “dominio lingüístico” como lo llaman los sociolingüistas.⁶⁶ La misma observación cabe en el caso de lo que se conoce como “diglosia”, en otras palabras, cambios entre registros. Por ejemplo, la religión parece a menudo exigir un registro relativamente “elevado” o “formal”, como el árabe clásico en el caso del islamismo.⁶⁷

Los historiadores no pueden tener dificultades para hallar ejemplos del empleo de diferentes lenguas o registros en muchos períodos de la historia. En el mundo de la antigüedad tardía, por ejemplo, el griego era la lengua de la ciencia y el arte, aun para quienes habitualmente hablaban latín.⁶⁸ En la Edad Media el francés era la lengua de la caballería y a veces lo empleaban en este dominio personas que normalmente hablaban inglés o veneciano (véase *infra* pág. 98). El francés era también la lengua del derecho inglés en la última parte de la Edad Media y dejó huellas en los usos legales que todavía son perceptibles.⁶⁹ El emperador poligloto Carlos V parece haber observado que el francés era la lengua para hablar a los embajadores (o para lisonjear), el italiano para hablar a las señoras (o a los amigos), el alemán para hablar a los mozos de cuadra (o para amenazar) y el español para hablar a Dios. (La anécdota tiene muchas variantes. La versión conocida más antigua que data de 1601 dice lo siguiente: *Si loqui cum Deo oporteret, se Hispanice locuturum... si cum amicis, Italice... si cui blandiendum esset, Gallice... si cui minandum... Germanice.*)⁷⁰ A fines del siglo xvii el francés se estaba convirtiendo en la lengua de la diplomacia europea cuando se observaba que los enviados plenipotenciarios al congreso de Nijmegen hablaban esa lengua “casi con tanta frecuencia como sus lenguas maternas” (pero véase *infra* págs 69 y 70).

Durante siglos, el latín fue una segunda lengua que empleaban las elites clericales y laicas por una variedad de razones (como veremos en el capítulo siguiente). El francés también era una segunda lengua en una serie de regiones europeas. Hablar francés era “U”⁷¹ en Inglaterra y en la Italia meridional durante el siglo xiv (como resultado de las conquistas normandas), en la república de Holanda durante los siglos xvii y xviii, en Prusia durante el siglo xviii y en Rusia —como nos lo recuerda *La guerra y la paz*— durante el siglo xix. De manera análoga, el

alemán era “U” en Bohemia durante los siglos XVII y XVIII, porque era la lengua de la corte que tenía su sede en Viena. También el alemán era “U” en Dinamarca, en tanto que a su vez el danés era “U” en Noruega (que fue gobernada desde Copenhague hasta 1814).

Por supuesto, las elites no eran los únicos grupos que hablaban más de una lengua. En la Amsterdam del siglo XVII, los miembros de la comunidad judía portuguesa hablaban español o portugués entre sí, holandés con los extraños y hebreo en las sinagogas.⁷² En las fronteras lingüísticas, el bilingüismo fue y es un fenómeno común. La gente que vive cerca de las grandes rutas comerciales aprendió a menudo un idioma chapurrado (*pidgin*) o *lingua franca*, como el malayo del archipiélago de la India Oriental, el swahili del Africa Oriental, el tupi, la llamada *lingua geral* de Brasil o el idioma del tráfico comercial del mundo mediterráneo del cual deriva la expresión general *lingua franca*, que era una lengua romance relativamente bien documentada en el caso del Africa del Norte durante el siglo XIX, pero que ha dejado fragmentos de testimonios escritos que datan de principios del siglo XIV.⁷³ El latín que hablaban los taberneros y cocheros en la Europa Central Oriental (véase *infra*, págs. 71-72) puede haber sido un idioma chapurrado de este género. En el antiguo mundo mediterráneo esa función era cumplida por el griego, la llamada *koiné* ática. En otras partes, la comunicación se desarrollaba a veces en una mezcla de lenguas, como el italiano germanizado o el alemán italianizado que hablaban las tropas alemanas presentes en Italia en el siglo XVI.⁷⁴ Estos notables ejemplos de heteroglosia indican que los historiadores deberían estudiar no sólo “la lingüística de una comunidad” sino también lo que se ha dado en llamar la “lingüística de contacto”, en otras palabras, “el funcionamiento de la lengua a través de las líneas de diferenciación social antes que dentro de estas líneas”.⁷⁵

La esfera religiosa, tanto en la cristiandad como en el Islam, a menudo estuvo marcada por el empleo de una lengua especial, en los países protestantes y católicos. En el Languedoc del siglo XVII, donde aún la mayor parte de la gente hablaba el occitano en su vida corriente y práctica, los hugonotes preferían el francés como lengua de su liturgia. Cuando a fines del siglo

xvii, los protestantes franceses fueron perseguidos y cuando se organizó en las Cevennes un movimiento de resistencia, algunos de sus jefes, y especialmente las mujeres, solían caer en accesos de convulsiones en las que hacían profecías. Cuando esto ocurría, se valían del francés, no de su occitano habitual.⁷⁶ Para ellos, el francés era un símbolo lingüístico de lo sagrado, una lengua efectiva en este sentido —como lo era el latín para la mayor parte de los católicos—, ya lo entendiera la congregación, ya no lo entendiera. Hay aquí un evidente paralelo con la glosolalia, desde los tiempos del Nuevo Testamento hasta nuestros días.⁷⁷

Pasar de un dialecto a una lengua literaria y viceversa es un fenómeno que está asimismo bien documentado en algunas regiones y períodos. En la Italia moderna temprana, por ejemplo, los hombres ilustrados podían hablar y escribir toscano, aunque continuaban empleando su dialecto local según las ocasiones; hasta ahora se han hecho pocos intentos de estudiar esas ocasiones o dominios de una manera sistemática. En el Estado de Venecia, por ejemplo, el veneciano se empleaba todavía como la lengua de los tribunales en el siglo xviii, tal vez porque esa lengua simbolizaba la independencia de la república.⁷⁸

Por otro lado, en la Francia del siglo xix, los campesinos que normalmente hablaban su *patois* podían cambiar de registro y pasar al francés en ocasiones especiales. Uno de los pocos historiadores que ha estudiado seriamente este tema hasta ahora, Eugen Weber, nos dice que un muchacho podía emplear el francés como signo de formalidad cuando invitaba a bailar a una muchacha y nos dice también que los campesinos que discutían cuestiones políticas locales en *patois* lo hacían en francés para hablar de cuestiones nacionales.⁷⁹

Desgraciadamente son fragmentarios los conocimientos que tenemos de estas cuestiones. Es interesante enterarse de que los patricios venecianos (en especial Maffeo Venier) escribían poesía erótica en dialecto o que lord Tennyson contaba historias indecentes con un acento de Lincolnshire (un acento regional que, a diferencia de Raleigh y Johnson, no empleaba en ninguna otra ocasión); pero estos fragmentos de información no resultan plenamente inteligibles sin el conocimiento de sus

contextos, incluso el conocimiento de las reglas de hablar bien en esas culturas. Etnógrafos del habla han estado investigando esas reglas —la manera de ser cortés o insultante, de hacer una broma, de pedir una bebida, etc.—, pero su ejemplo no ha sido seguido por muchos historiadores sociales.⁸⁰ Hasta el silencio merece estudiarse desde este punto de vista, como trataremos de demostrarlo en el capítulo final.

Sin esta clase de conocimiento sobre las normas lingüísticas, explícitas o implícitas, los historiadores corren el grave peligro de interpretar mal muchos de sus documentos, que no son tan transparentes, ni están tan libres de problemas como frecuentemente se supone. La forma es lo que comunica. Como solía decir el crítico canadiense Marshall McLuhan, “el medio es el mensaje”.⁸¹ Más exactamente, el medio, el código, la variedad o el registro que se emplee es una parte decisiva del mensaje, que un historiador no puede permitirse pasar por alto.

Ejemplos notorios son las formas de cortesía o descortesía corrientes en un medio particular en una determinada época. Es posible que las estrategias fundamentales de cortesía continúen siendo constantes a través de las culturas y, por lo tanto, según es de presumir, también a través del tiempo.⁸² Sin embargo, en un nivel más superficial, que no por eso hay que descuidar, las tendencias de una época parecen relativamente fáciles de discernir. En Italia y durante los siglos XVI y XVII, por ejemplo, los testimonios registrados sugieren una tendencia hacia lo que podría llamarse la “inflación” de las formas corteses o la depreciación de la moneda verbal. Términos honoríficos para dirigirse a las personas, tales como *messer* o *signora*, llegaron a usarse en círculos cada vez más extensos, lo cual hizo que quienes ocupaban posiciones superiores inventaran títulos aun más impresionantes.

A principios del siglo XVII, por ejemplo, el patricio genovés Andrea Spinola, un firme defensor de los valores republicanos, se lamentaba por las formas de saludar excesivamente deferentes tales como “vuestro esclavo” (*vostro schiavo*; compárese con el húngaro *Szervusz*) o “le beso las manos” (*bacio le mani*; compárese con el húngaro *kezét csokolom* y con el español *beso su mano*).⁸³ Aproximadamente en la misma época, el escritor político Traiano Boccalini, firme opositor al gobierno español en

Italia, censuraba a los españoles por la manera de difundir títulos en el país. “El título de *magnífico* o *magnánimo* que sólo es adecuado para príncipes y héroes, lo emplean ahora corrientemente los mercaderes. *Ilustre*, que es palabra apropiada para emperadores, generales y hombres de distinción, se usa también con ciudadanos corrientes.”⁸⁴ A fines del siglo, un patricio florentino, Tommaso Rinuccini, se quejaba de la nueva moda de llamar a todo el mundo “ilustrísimo (*illustrissimo*) de suerte que la gente ordinaria la usa como si fueran caballeros y hasta los pobres cuando piden limosna”.⁸⁵ Algunos observadores interpretaron este cambio como un ejemplo de la influencia del español en el italiano (véase *infra*, pág. 109).

Lo mismo que en el caso de la cortesía, existía un rico vocabulario de insultos en la Italia moderna temprana, por más que parece que el cambio se produjo con mayor lentitud a través del tiempo (¿podrá deberse esto al hecho de que los insultos son el dominio del ello, en tanto que la cortesía es el dominio del superyó?). En esa sociedad, así como en muchas otras, existían por un lado los insultos, que eran una transgresión a las reglas, y por otro lado, se seguían las reglas y convenciones casi tan estrictamente como en la composición de un soneto. Tratábase de reglas estereotipadas o “ritualizadas”, como dice William Labov.⁸⁶ Como en el caso del soneto, sin embargo, estas reglas permitían un considerable margen para la creatividad y la invención, como he tratado de mostrar en otro lugar, en un estudio sobre los insultos escritos en la Roma del siglo xvii, entre los cuales se registraban ingeniosas variaciones sobre el tema del “cornudo” (*becco*).⁸⁷

La lengua escrita es otro ejemplo evidente de un registro, pues por lo general es más parecida a una traducción que a una transcripción de la lengua hablada. La escritura es una variedad específica de la lengua que tiene sus propias reglas, las cuales varían según el tiempo, el lugar, el que escribe, el supuesto lector, el tema (dominio) y, en no menor medida, el género literario, pues aquí hay que considerar en la categoría literaria de género formas cotidianas de cartas de varios tipos, la carta de amor, la carta de solicitud, la carta de amenaza, etcétera.⁸⁸

En el Japón del siglo xi, por ejemplo, la “carta de la mañana

siguiente”, que escribía un amante cortés a la mujer de la que acababa de despedirse, era no sólo *de rigueur*, sino que debía estar compuesta según reglas estrictas que regían no sólo el poema que constituía el núcleo del mensaje, sino también la caligrafía, la elección del papel y hasta el perfume de flores con que se rociaba la carta adecuadamente doblada.⁸⁹ En la China tradicional, las formas distintivas de los documentos oficiales, desde su caligrafía a sus fórmulas, se tomaban como modelos para dirigir mensajes al mundo de los espíritus que, según se imaginaba, estaban organizados en una “burocracia celestial” con la que sólo era posible comunicarse por los canales adecuados.⁹⁰

Una de las tareas inmediatas que tienen frente a sí los historiadores sociales del lenguaje es descubrir quién, en un determinado lugar y tiempo, empleaba el medio de la escritura para comunicarse con quién y sobre qué. Parece que los venecianos del siglo xvi, por ejemplo, preferían no comentar cuestiones políticas por escrito fundándose en razones de prudencia. El mercader del siglo xvi Gianbattista Donà reprendió una vez a su hijo por escribirle (cuando él estaba ausente de Venecia a causa de sus negocios) sobre política o, como él mismo lo expresó, sobre *cose di signori*.⁹¹ Gran parte de la cultura popular no ha quedado registrada por escrito, no sólo porque mucha gente no sabía escribir sino también porque los letrados no se interesaban en la cultura popular o se avergonzaban de mostrar tal interés o sencillamente eran incapaces de transcribir una cultura oral en la forma escrita del lenguaje. Cuando ocasionalmente se la registró, ciertos rasgos de esa cultura oral quedaron omitidos, no sólo para ajustarse a la mentalidad de los lectores de la clase media, sino también para acomodarla al medio de la escritura.⁹²

Como existen tantas lagunas, los lectores pueden muy bien preguntarse si una historia social del habla es una empresa viable, por lo menos antes del advenimiento del grabador de cinta magnetofónica. Con todo eso, en el caso de la Europa Occidental y a partir de fines de la Edad Media existen fuentes extremadamente voluminosas y relativamente confiables del habla, en especial los registros de los tribunales en los que a menudo se ponía cuidado en pedir al testigo que prestara su

declaración con las palabras exactas, según las ocasiones particulares. La Inquisición llegó especialmente muy lejos en esta dirección. Las instrucciones impartidas a los inquisidores romanos del siglo XVII, por ejemplo, les recomendaban que se aseguraran de que el notario, que debía estar presente en todos los interrogatorios, transcribiera “no sólo todas las respuestas de los acusados, sino también cualquier otra observación y comentario que pudieran hacer y toda palabra que pronunciaran bajo tortura, incluso todos los suspiros, todos los gritos, todos los lamentos y sollozos” (*E procureranno i Giudici, che il notaro scriva non solamente tutte le risposte del Reo ma anco tutti i ragionamenti e moti, che farà e tutte le parole ch’egli proferirà ne’tormenti, anzi tutti i sospiri, tutte le grida, tutti i lamenti, e le lagrime che manderà*).⁹³ Instrucciones ciertamente escalofriantes que resultaron, sin embargo, sumamente valiosas para los historiadores.

También en otros contextos la representación del discurso oral por escrito parece haber sido notablemente precisa. Era bastante corriente que los sermones de predicadores distinguidos tales como San Bernardino de Siena o Juan Calvino, fueran transcritos por miembros del público que a veces lo hacían en forma taquigráfica. Se hicieron registros de discursos pronunciados por asambleas, como la Cámara de los Comunes de Inglaterra, mucho antes de que se impusiera el profesionalismo del sistema Hansard, según el cual se comenzaron a imprimir las actas de la cámara de los comunes a partir de 1774.⁹⁴ Hubo también intentos de poner por escrito la conversación de individuos distinguidos como Martín Lutero o Juan Selden, generalmente durante las comidas, de manera que el género vino a conocerse como “charlas de sobremesa”. Dadas las circunstancias, es improbable que esos registros sean completamente exactos, pero ciertamente poseen un sabor coloquial.

A estas fuentes puede agregarse el testimonio de obras de teatro y novelas. Estos testimonios deben usarse con cuidado porque los novelistas y dramaturgos generalmente estilizan los discursos en vez de reproducirlos exactamente, pero para quien tenga conciencia de estas convenciones dichos testimonios pueden ser en extremo informativos. Como observó hace unos cuarenta años el editor de *The Oxford Book of English Talk*, “Si

deseamos saber cómo hablaban los ingleses en la época de la reina Isabel o de la reina Victoria, debemos apoyarnos principalmente en los autores de obras de imaginación, los dramaturgos y los novelistas.” (A decir verdad, él mismo también hizo buen uso de los registros de procesos judiciales.)⁹⁵

En suma, los estudios sobre los usos y convenciones de la escritura (que todavía son muy raros) constituyen un complemento necesario de los numerosos estudios cuantitativos sobre la cultura escrita llevados a cabo en estos últimos años. Dichos estudios plantean problemas que todos los historiadores deben tomar seriamente, pues sin tener conocimiento de estas convenciones constantemente cambiantes es imposible decir si un texto dado es serio o irónico, servil o burlón, si sigue las reglas o las viola.

Los dos primeros temas sociolingüísticos son esencialmente descriptivos. Los dos restantes son más analíticos y también más controvertidos.

3) La lengua refleja (o mejor dicho “se hace eco de”) la sociedad.⁹⁶ En primer lugar, el acento, el vocabulario y el estilo general del habla de un individuo revelan a cualquiera que tenga el oído entrenado mucho sobre la posición que ocupa ese individuo en la sociedad. En segundo lugar, las formas lingüísticas, sus variaciones y cambios, algo nos dicen sobre la naturaleza de la totalidad de las relaciones sociales en una determinada cultura. En su historia de la familia inglesa, Lawrence Stone hacía notar un cambio producido en la actitud frente al matrimonio de los miembros de la clase alta a fines del siglo xvii y citaba como una de las fuentes de prueba el abandono de las maneras formales de hablarse maridos y esposas (tales como “Sir” y “Madame”) “y la adopción de nombres de pila y términos cariñosos”.⁹⁷ De manera parecida, pero con muchos más detalles y más profundamente, un estudio reciente de la familia italiana se apoya en los cambios producidos en el lenguaje —en el empleo de *tu*, *voi* y *lei*, por ejemplo— para escribir la historia de las deferencias, las distancias sociales, la familiaridad, etcétera.⁹⁸

Un estudio multifacético particularmente útil que revela

formas de familiaridad y de deferencia, de poder y de solidaridad, es el relativo al empleo de *tu* y *vous* en francés, *Du* y *Sie* en alemán, *Ty* y *Vy* en ruso y términos equivalentes en otras lenguas. Los dos términos (*T* y *V* como generalmente se los llama por comodidad en las comparaciones de lenguas) pueden usarse recíprocamente o no, con muy diferentes significaciones en ambos casos. El uso ha tendido a variar según la condición social relativa y la intimidad de los hablantes (y también, por lo menos en Rusia, según el tema de la conversación). Como cabía esperar, las reglas para usar *T* y *V* en diferentes lenguas europeas ha cambiado con el correr del tiempo, especialmente en el curso de la última generación, con una tendencia general a la reciprocidad que indica la difusión de valores más igualitarios.⁹⁹

Con todo, queda por estudiar la historia detallada de los cambios producidos en cada lengua (y ciertamente en cada región y en cada grupo social). Resulta interesante descubrir que la Nanna de Aretino le dice a su discípula Pippa que emplee *voi* porque “ese *tu* suena seco” (*quel “tu” ha del secco*) o enterarnos de que en las escuelas pietistas del siglo xvii se esperaba que los alumnos se hablaran unos a otros de la misma manera; en el colegio jesuita de Bolonia, los maestros “no han de emplear el *tu* en ningún caso por ninguna razón, sino que deben llamar *voi* a todo el mundo (*a niuno per qualsiasi cosa danno del tu, indifferentemente a tutti del voi*). Para evaluar la significación de semejantes detalles, sin embargo, se necesita investigar mucho más.¹⁰⁰

A los futuros historiadores sociales les corresponde establecer la cronología, la geografía y la sociología exactas de este cambio, así como interpretar las significaciones implícitas y explícitas en contextos particulares y distinguir (en la medida de lo posible) las formas genuinamente de deferencia y las formas de condescendencia o las irónicas. Así y todo, algo sabemos sobre las relaciones sociales en el Languedoc del siglo xiv, ahora que nos hemos enterado de que un cura párroco usaba *T* para hablar a sus fieles que, a su vez, le hablaban a él empleando *V*.¹⁰¹ Autores que describen con horror, o por lo menos con sorpresa, que los campesinos empleaban *T* para hablar a sus señores y amos, en lugar de emplear el habitual *V*,

nos han ayudado mucho a estimar la significación de algunas revueltas rurales producidas en la India del siglo XIX.¹⁰² Descubrimos algo significativo sobre el cambio social y actitudes frente al cambio en la Rusia del siglo XIX cuando leemos en *Humo* de Turguenev que la madre de Litvinov (miembro de la nobleza provinciana) hablaba a sus sirvientes empleando *V* en lugar del tradicional *T*, porque creía que esa era la manera progresista y occidental de comportarse; también tenemos una súbita comprensión de las relaciones entre los sexos en la aristocracia rusa del siglo XIX cuando nos enteramos de que la mujer de Tolstoi, Sonia, temía decirle *T* a su marido en la noche de bodas.¹⁰³

Que estos pronombres estén fuertemente cargados de significación social se hace particularmente claro cuando se cuestiona el sistema social y lingüístico, como por ejemplo lo hacían los cuáqueros cuando empleaban *T* para dirigirse a todo el mundo sin importar la condición social. Lo mismo cabe decir del empleo de *T* y de *citoyen* y *citoyenne* durante la Revolución francesa y de la costumbre de los saministas de Java a fines del siglo XIX; los saministas formaban un grupo que rechazaba tanto la jerarquía social como la tradicional y estricta etiqueta lingüística de la región y reemplazaban los modos convencionales de dirigirse a las personas por el término *sedular* o “hermano”.¹⁰⁴ Es evidente el paralelo con los intentos de movimientos feministas contemporáneos de reformar nuestro lenguaje dominado por los varones (por ejemplo, decir “el hombre”, en sentido genérico para hablar del ser humano); y esto nos recuerda asimismo la importancia simbólica de lo aparentemente trivial.

Las maneras de dirigirse a las personas no son las únicas claves lingüísticas de las relaciones sociales. La elección de una particular variedad de lengua da información sobre la lealtad del hablante, pues expresa solidaridad con aquellos que hablan de la misma manera y distancia respecto de aquellos que hablan de manera diferente. El bien conocido fenómeno de “retraso colonial”, esto es, la persistencia de formas tradicionales de lenguaje en las colonias mucho después de que esas formas hayan sido abandonadas en la metrópoli, tal vez debería interpretarse desde el punto de vista de la nostalgia colectiva

antes que reducirse a un mero efecto de la lentitud de las comunicaciones. Asimismo, cuando las clases altas de la Europa Occidental dejaron de emplear el dialecto local —como generalmente lo hicieron durante los siglos XVII y XVIII— se estaban distanciando de una cultura popular en la cual habían participado sus antepasados.¹⁰⁵

De manera parecida, el desarrollo de ciertos dialectos sociales, por ejemplo, los lenguajes relacionados con la profesión o el oficio, el lenguaje del derecho, del ejército y de los servicios civiles o el de grupos religiosos como puritanos y pietistas, debe explicarse no sólo de una manera utilitaria, es decir, como la creación de términos técnicos con precisos fines prácticos, sino también de una manera simbólica, como la expresión de la conciencia creciente de un grupo y del sentido creciente de la distancia que lo separa del resto de la sociedad. La jerga de los mendigos y ladrones profesionales es un caso extremo de la creación de una frontera simbólica que separa a un determinado grupo del resto de la sociedad. Se ha interpretado esa jerga como un “antilinguaje” que “destaca agudamente la función de la lengua como realización de la estructura de poder de la sociedad” y al mismo tiempo refleja la organización y los valores de una “contracultura”.¹⁰⁶

Está sujeto a discusión el hecho de que la metáfora del “reflejo” sea una metáfora perfectamente apropiada para designar las relaciones entre lenguas y sociedades. Una imagen visual más apropiada podría ser la de “refracción” con su implicación de que la relación es indirecta.

Una objeción que podría hacerse a la teoría del reflejo es la de que las convenciones lingüísticas a menudo persisten mucho después de haber cambiado las estructuras sociales que aquellas, según se supone, reflejan. En Polonia, por ejemplo, formas de cortesía antes limitadas a la nobleza, pasaron al uso corriente y es habitual dirigirse a los extranjeros llamándolos *Pan* y *Pani* (“señor” y “señora”) cualquiera que sea su evidente condición social. Después de la Segunda Guerra Mundial el Partido Comunista intentó eliminar esta costumbre, junto con muchas otras, y reemplazar esos pronombres por *Wy* (modelado de acuerdo con la forma rusa de *V*). Sin embargo esta innovación no fue generalmente aceptada por razones que sería ingenuo

desde el punto de vista político reducir a la fuerza de la “tradicición”. La consecuencia, inesperada para todos los grupos, fue la de que el empleo de *Wy* llegó a ser una insignia o señal de que quien lo usaba pertenecía al partido.¹⁰⁷

4) En todo caso, tanto “reflejo” como “refracción” son metáforas que conllevan la engañosa implicación de que la función que cumple la lengua en la sociedad es puramente pasiva. Mi última tesis (que se hace una vez más eco de la sociolingüística) es la de que hablar constituye una forma de hacer, que la lengua es una fuerza activa dentro de la sociedad, un medio que tienen individuos y grupos para controlar a los demás o para resistir a tal control, un medio para modificar la sociedad o para impedir el cambio, un medio para afirmar o suprimir identidades culturales (este punto será tratado con mayor amplitud en el capítulo 3).¹⁰⁸

Esta tesis sobre la fuerza de la lengua puede considerarse como una revaloración positiva de la crítica nietzscheana de la epistemología.¹⁰⁹ La tesis no se refiere tan sólo a una forma especial de lenguaje que ha sido tomada relativamente en serio por los historiadores: el lenguaje de la propaganda oficial. Lo que hay que afirmar es que la historia social del lenguaje, lo mismo que otras formas de historia social, no puede divorciarse de las cuestiones de poder.¹¹⁰

En la Inglaterra del siglo XVIII, por ejemplo, leer la Ley de Revueltas a los miembros de un grupo a los que las autoridades consideraban revoltosos constituía un ejercicio de poder en el sentido de que (de conformidad con las disposiciones de esa ley) el acto de tal lectura hacía a los miembros del grupo susceptibles de ejecución si no se dispersaban al cabo de una hora.¹¹¹ De manera parecida, la lectura del llamado *Requerimiento*, un documento redactado en español que exigía que los oyentes se sometieran a la autoridad del rey de España, autorizaba al empleo de la fuerza contra los indígenas habitantes de las Américas si no obedecían.¹¹² También, como lo han hecho notar Michel Foucault y teóricos norteamericanos, el acto de caracterizar a individuos como “locos”, “brujos”, “criminales”, etc. modifica la conducta de otros individuos respecto de los primeros y hasta puede suscitar la creación de nuevos grupos.¹¹³

Una ilustración espectacular de la fuerza activa de la lengua es el insulto, una forma de agresión en la que adjetivos y sustantivos se usan no tanto para describir a una persona como para atacarla. En la Roma del siglo xvii, así como en otras partes del mundo mediterráneo, era corriente insultar a los varones llamándolos “cornudos” y a las mujeres llamándolas “putas”. Es improbable que semejantes caracterizaciones tuvieran mucho que ver con la conducta social de las víctimas. Expresiones tales eran sencillamente el mejor medio de aniquilar la reputación de las víctimas, de destruirlas socialmente.¹¹⁴

En un nivel más general, lingüistas, sociólogos e historiadores por igual afirman frecuentemente que la lengua desempeña una parte central en la “construcción social de la realidad”, que la lengua crea o “constituye” la sociedad, así como la sociedad crea la lengua. Exponer el poder de la lengua es uno de los principales objetivos del actual movimiento llamado de “deconstrucción”. Jacques Derrida dice que la lengua usa a quienes la hablan en lugar de que sean éstos quienes se sirven de ella. Somos los sirvientes antes que los amos de nuestras metáforas (incluso ésta).¹¹⁵ El señalamiento de Derrida tiene paralelos en el énfasis que pone Foucault en el discurso a expensas de los hablantes individuales y en el aforismo de Claude Lévi-Strauss de que nosotros no concebimos los mitos sino que los mitos se conciben en nosotros, como lo señalan las ideas de Whorf, Mauthner y Nietzsche mencionadas antes.

Estos argumentos ciertamente tienen su fuerza y exponen las debilidades de toda concepción del lenguaje simplista e instrumental, entendido como un instrumento puesto en las manos o, mejor dicho, en las bocas, de quienes lo usan. Sin embargo, como casi todos los intentos de poner patas arriba el sentido común, los argumentos que se aducen en contra tienen sus propias debilidades, también ellos son simplistas y no hacen importantes distinciones. Algunas personas parecen tener mayor control del lenguaje que otras y una mayor capacidad para controlar a los demás mediante el lenguaje. Piénsese en muchos grupos de profesionales que trabajan en la comunicación en la sociedad contemporánea: redactores de discursos, autores de guiones, publicistas, periodistas, etc. cuyo trabajo es promocionar cualquier cosa, desde el jabón en polvo hasta presidentes,

ante sus espectadores, oyentes y lectores. El estilo de estos hombres es inconfundiblemente el de fines del siglo xx, el estilo de la época del “comercial”. De cualquier manera, los historiadores culturales no deberían tener dificultad en situar a estos grupos en una tradición que comprende a especialistas del arte de la persuasión tales como los sofistas griegos, los humanistas del Renacimiento y los curanderos del siglo xviii.¹¹⁶

Sería necio suponer o bien que esos persuasores profesionales creen todos en su propia propaganda, o bien que son todos cínicos indiferentes a ella. Necesitamos una expresión para designar alguna de las situaciones intermedias entre estos dos extremos, situaciones en las cuales los individuos son, en cierto sentido, tanto amos como sirvientes de su lenguaje. Una de esas expresiones es “ideología”, especialmente si seguimos a Louis Althusser y definimos el término en el sentido relativamente amplio de la relación imaginada de los individuos con respecto a sus reales condiciones de existencia.¹¹⁷

Otra es “hegemonía cultural”, usada por Antonio Gramsci en la famosa diferencia que establece entre dos posibles maneras en que la clase gobernante domina a las clases subordinadas, mediante el uso de la fuerza o sin ella.¹¹⁸ El inconveniente que presenta la frase “hegemonía cultural” consiste en que se ha ampliado su significación desde los días de Gramsci y ahora se la emplea para referirse a casi toda sociedad, ya sea que sus gobernantes apelen o no apelen a la coerción, ya sea que estén empeñados en persuadir a las clases subordinadas de la legitimidad de su gobierno.

Pero de cualquier manera que decidan describir el problema, es evidente que los historiadores sociales deben pensar seriamente acerca de la función activa de la lengua en la creación de la cambiante realidad social que estudian. Algunos de los ejemplos mencionados en secciones anteriores de este capítulo se prestan a ser reinterpretados desde este punto de vista activo. Lingüistas feministas han señalado que la lengua corriente, dominada por el elemento masculino, no sólo expresa el lugar subordinado de las mujeres sino que las mantiene en una posición subordinada.¹¹⁹ Asimismo, el amo que emplea el familiar *T* para dirigirse a un sirviente, quien le contesta con el deferente *V*, no sólo está expresando o simbolizando la jerar-

quía social, sino que además la está revalidando, confirmándola o reproduciéndola. Y lo mismo hace el sirviente, a menos que se las ingenie para inyectar una dosis de ironía en las formas verbales respetuosas.

De manera análoga, los lenguajes técnicos de determinadas profesiones y oficios han de interpretarse, por lo menos en ocasiones, no sólo como reflejos del sentido de distancia que tienen sus miembros respecto de otras personas, sino también como un medio de excluir a otras gentes, un medio de asegurar que los extraños permanezcan fuera de su círculo. Los presos de cárceles polacas, según un reciente estudio, muestran que se dan cuenta del poder del lenguaje al obligar a los nuevos reclusos a aprender la jerga de la prisión (conocida como *grypserka*) así como los nuevos alumnos de las escuelas públicas británicas (especialmente Winchester) eran y son obligados por los muchachos mayores a aprender y a usar la jerga escolar. La compulsión hace evidente la función de un lenguaje privado en la socialización de los nuevos reclutas de la comunidad.¹²⁰

De manera parecida, aunque en una escala mucho mayor, los gobiernos han cobrado conciencia del empleo de lenguas estandarizadas, en oposición a los dialectos, en el proceso de construir el Estado. A partir de 1789, como lo muestran con toda claridad recientes estudios, el gobierno francés principalmente tuvo especial conciencia de la política lingüística y se preocupó por asegurar que todos los habitantes del hexágono hablaran o en todo caso entendieran el francés.¹²¹ Análogamente, los intentos de debilitar el gaélico, el occitano, el catalán y otras “lenguas dominadas” representaron una parte esencial en el proceso por el cual las regiones donde se hablaban estas lenguas fueron sometidas a los gobiernos de Londres, París y Madrid.¹²² A principios del siglo XVIII, por ejemplo, el catalán fue atacado tanto en Francia (donde se hablaba en las recién adquiridas provincias de Cerdeña y el Rosellón) como en España. En la Cataluña española, se dispuso que el castellano fuera la lengua de los tribunales en 1716 y la lengua de las escuelas en 1768. En su condición de prominente intelectual catalán, Antoni de Capmany escribió en su momento —y lo hizo en castellano— que la lengua catalana estaba ahora “muerta para la república de las letras” y se limitaba a la esfera de la vida privada.¹²³

A veces se ha criticado a los sociolingüistas por pasar por alto el concepto de dominación.¹²⁴ Sin embargo existe una creciente bibliografía a la que han contribuido tanto historiadores como lingüistas, relativa a la “colonización del lenguaje”, por ejemplo, la difusión del español en las Américas, del inglés en la India, en Africa, en Australia, etc., del portugués en el Brasil, Goa, Angola, etc.¹²⁵ Parece que los holandeses fueron la excepción a esta regla a pesar de una proclama dada en Ceilán en 1659 según la cual a ningún hombre le estaba permitido llevar sombrero a menos que hablara holandés.¹²⁶ Por ejemplo los holandeses no parecen haberse interesado en imponer su lengua en Indonesia. A decir verdad, algunos administradores disuadían vehementemente a sus subordinados de hablarla.¹²⁷ El afrikaans de Africa era la lengua colonial, no la lengua imperial.

Inversamente, el renacimiento de lenguas dominadas, como el gaélico, puede estudiarse como parte de movimientos de resistencia a los gobiernos centrales, percibidos por muchos de sus súbditos como potencias extranjeras.¹²⁸ Asimismo es necesario estudiar la estrategia alternativa, es decir, la apropiación de lenguas dominantes para resistir a naciones y clases dominantes. En el Africa Oriental, por ejemplo, el swahili, una tradicional *lingua franca* fomentada por los británicos (lo mismo que los belgas en el Congo) porque facilitaba la administración local, adquirió una nueva función durante el movimiento de independencia puesto que resultaba un útil medio para unificar a pueblos de diferentes tribus en una empresa política común y para alentar la formación de una conciencia común.¹²⁹ Irónicamente, el inglés, otra *lingua franca*, desempeñó un papel parecido en la fragmentación del imperio británico. La lengua de los gobernantes se convirtió en la lengua de la resistencia en la India y en algunas partes de Africa porque permitía comunicarse a gentes de diferentes regiones.

Por último, el papel activo de la lengua puede ilustrarse con recientes estudios sobre la “retórica” o el “discurso” de protesta y de revolución; se trata de estudios que toman las palabras con mucha mayor seriedad de lo que solían hacerlo los historiadores de los movimientos políticos. Así, Gareth Stedman Jones criticó anteriores interpretaciones sociales del mo-

vimiento chartista inglés por considerarlas “reduccionistas” pues descuidaban la lengua de los participantes. Gareth Stedman Jones, contra Edward Thompson y otros, sostiene que “la conciencia no puede relacionarse con la experiencia si no es mediante la interposición de un lenguaje particular que organice la comprensión de la experiencia”.¹³⁰ Historiadores de la Revolución francesa también mostraron insatisfacción por la concepción reduccionista de la lengua, entendida como máscara de los intereses de clase, por ejemplo, y han sugerido que el lugar de la lengua en la revolución debía interpretarse como un medio de integración nacional o como sustituto del poder o como parte de una nueva cultura política en la que palabras como *patrie* tienen una “cualidad mágica”.¹³¹

Se ha criticado frecuentemente a la nueva historia socio-cultural alegándose que ella pasa por alto las cuestiones de la política y el poder. Los pocos ejemplos que hemos mencionado sugieren que no hay que descuidarlas y que la historia de la lengua es una esfera en la que los historiadores sociales y culturales pueden y deben unir fuerzas. Para poner fin a este ensayo introductorio pueden ser útiles algunas sugerencias para la futura investigación en este ámbito politicolingüístico, especialmente en dos terrenos.

El primero es la historia de la planificación lingüística, de la reforma de la lengua, de la política de la lengua o del manejo de la lengua especialmente por parte del Estado. La preocupación gubernamental por la lengua es una característica del Estado moderno. En los nuevos Estados se están estableciendo lenguas oficiales (el swahili en Tanzania, por ejemplo). Las demandas que hacen hablantes de lenguas minoritarias de que se enseñe a sus hijos en la lengua que ellos hablan o las demandas que hacen para obtener periódicos o canales de televisión en dicha lengua se están convirtiendo en importantes cuestiones políticas en varias partes del mundo, desde España a Rumania y desde Bélgica a Canadá.

La pregunta histórica evidente que debemos hacer en este punto es: ¿desde cuándo los Estados consideraron las lenguas habladas por sus ciudadanos como cuestiones que incumbían a su quehacer? La respuesta igualmente evidente parece ser:

desde el surgimiento del nacionalismo que se produjo a fines del siglo XVIII y desde la asociación entre lengua e identidad nacional formulada por Herder y otros intelectuales de aquella época. La política lingüística de la Revolución francesa ofrece un espectacular y bien estudiado ejemplo de la intervención del Estado en este dominio.¹³² Sin embargo parece que una política lingüística ya había sido formulada por la iglesia de la Contrarreforma antes de llegar a ser una cuestión secular en la era del nacionalismo.¹³³ En el siglo XIX, las cuestiones lingüísticas formaron parte de debates políticos no sólo en Europa, sino también en Japón después de la restauración imperial.¹³⁴ En el siglo XX, esos debates se extendieron con mayor amplitud aún. Un famoso ejemplo es el hecho de que Turquía adoptara el alfabeto occidental en 1928, no sólo como símbolo de occidentalización, sino también como un poderoso medio para separar a los turcos de su pasado otomano.¹³⁵ Sin embargo estos debates fueron objeto de atención relativamente escasa por parte de los historiadores, lo que no puede decirse de los lingüistas. Sería conveniente poseer una serie de estudios comparados que identifique los gobiernos que por primera vez se interesaron por las lenguas que hablaban sus súbditos, los individuos y los grupos; un estudio que estableciera qué gobiernos se interesaron por la planificación de la lengua, por la reforma de la lengua o por el manejo de los conflictos lingüísticos y que determinara la eficacia de las medidas realmente tomadas.

Un segundo terreno que parece maduro para la investigación es el de la lengua o los lenguajes de los gobiernos. Según vimos, imperios multilingües a menudo trataron de practicar su administración en una lengua dominante: el latín en el imperio romano, el persa en el imperio mogol, el quechua en el imperio de los incas. Más difícil de estudiar es el proceso por el cual determinadas variedades del lenguaje administrativo se desarrollaron en ciertos Estados, desde la antigua Roma en adelante.¹³⁶ Un ejemplo bien conocido es el de la "lengua de servicio" (*Dienstsprache*) o el ejemplo del "alemán fiscal" (*ärrarisch Deutsch*) del imperio Habsburgo del siglo XVIII.¹³⁷ Estos dialectos administrativos a veces adoptaban términos extranjeros. En la época de la dominación española, por ejemplo, el *linguaggio cancelleresco* de Milán —el *gergo segretariesco*,

como lo llamó posteriormente el novelista italiano Alessandro Manzoni— comprendía palabras híbridas de español e italiano tales como *papeli*, para designar “papeles” o *veedore*, para designar al “inspector”.¹³⁸ También eran frecuentes los neologismos especialmente en el siglo XIX: *centralizzare*, por ejemplo, *funzionario*, *insubordinazione*.

Es menester analizar estos términos no sólo desde un punto de vista utilitario, sino también desde un punto de vista simbólico. Dichas voces ayudaban a crear una concepción administrativa del mundo y a unir a los funcionarios civiles, pero al precio de separarlos del resto de la población, que no entendía la nueva lengua o que la consideraba (como el poeta italiano Vincenzo Monti) un “dialecto bárbaro desafortunadamente introducido en la administración pública” (*barbaro dialetto miseramente introdotto nelle pubbliche amministrazioni*).¹³⁹ Tales términos ofrecen un ejemplo más de la función activa que cumple la lengua en la sociedad y nos recuerdan que esa función no es necesariamente beneficiosa.

Notas

1. Colecciones recientes de ensayos con esta orientación incluyen Burke y Porter (1987, 1991) y Corfield (1991). Ejemplos anteriores de trabajos realizados por historiadores son Armstrong (1965); Béranger (1969); Brosnahan (1963); Macmullen (1962); Richter (1975, 1979); Bertelli (1976); así como los pioneros citados en la nota 23.

2. Klein (1957).

3. Bembo (1525); Pasquier (1566); Cittadini (1604); Aldrete (1606).

4. Aarsleff (1967); Bynon (1977), cap. 1; Crowley (1989), págs. 13 a 50.

5. Culler (1976), especialmente el cap. 3; Corfield (1991).

6. Crowley (1989).

7. Behaghel (1898); Jespersen (1905); Brunot (1905).

8. Hall (1974).

9. Hall (1942), pág. 54.

10. Politiano (1547).

11. Borghini (1971), pág. 139; Guazzo (1574), pág. 79.

12. Sobre los novelistas ingleses véase Phillipps (1984), *passim*.

13. Hill (1972), págs. 269 a 276.

14. Spencer (1861), pág. 26.

15. Veblen (1899); Hall (1960).

16. Bajtín (1929, 1940). Sobre este autor véase Clark y Holquist (1984), cap. 10.

17. Mauthner (1902-3), vol. 3 y 4. Sobre Mauthner véase Kühn (1975), espec. las págs. 73 y siguientes. Sobre Nietzsche, véase Strong (1984), cap. 6.
18. Whorf (1956).
19. Meillet (1921), págs. 16 y 210.
20. Fevre (1942), págs. 385 y siguientes.
21. Brun (1923).
22. Bloch (1939-40), cap. 5, 2ª parte; Walker (1980).
23. Menshing (1926); Schrijnen (1932); Mohrmann (1932); Castro (1941); Ahnlund (1943); Woodbine (1943).
24. Fishman (1972); Gumperz (1972); Gumperz y Hymes (1972); Hymes (1974); Lavov (1972a), espec. las páginas 183-359. Trudgill (1974) constituye una introducción esclarecedora a ese terreno.
25. Gadamer (1965); Habermas (1970). Sobre el debate entre ambos véase Jay (1982).
26. Brunner y otros (1972-90); Koselleck (1979). Véase Grünert (1974).
27. Pocock (1972), espec. cap. 1; Padgen (1987); Briggs (1960); Sewell (1980).
28. Fishman (1965).
29. Halliday (1978), pág. 11.
30. Gumperz (1972). Véase Vossler (1924).
31. Calvet (1987); Pratt (1987); Williams (1992).
32. Sobre las variedades véase Saviile-Troike (1982), pág. 75 y siguientes.
33. Labov (1972a); Anderson (1983).
34. Devoto (1972); Beccaria (1973).
35. Avé-Lallemant (1858-62); Sainéan (1907); Camporesi (1973).
36. Fiorelli (1984).
37. Lakoff (1975); Spender (1980); Cameron (1990).
38. MacConnell-Ginet (1978).
39. Atkinson (1984), pág. 113.
40. Illich (1983), pág. 135.
41. Harding (1975).
42. Schrijnen (1932), págs. 5-7. Véanse Mohrmann (1932), pág. 8 y Schrijnen (1939).
43. Hudson (1981); Beek (1969).
44. Bauman (1983); Lennon (1991).
45. Guazzo (1574), pág. 79.
46. Citado en Fulbrook (1983), pág. 149; véase Langer (1954).
47. Ross (1954).
48. Mitford (1956). Véase Buckle (1978).
49. Phillipps (1984), págs. 57 y 58.
50. Baltzell (1958), pág. 51. Véase Post (1922), pág. 60.
51. Callières (1693), págs. 42, 43 y 65.
52. Aretino (1975), pág. 82. Véase Aquilecchia (1976).

53. Geertz (1960); Siegel (1986).
54. Irvine (1974).
55. Puttenham (1589).
56. El ensayo de K. V. Thomas sobre la historia de los acentos regionales en Bretaña aún no ha sido editado. Véase Phillipps (1984), págs. 22 y siguientes.
57. Veblen (1899). Véase Hall (1960).
58. Bernstein (1971). Véase Halliday (1978), cap. 5.
59. Goody (1977).
60. Rosen (1972); Lavov (1972b), pág. 213.
61. Brosnahan (1963); J. Fishman, "Language Maintenance and Language Shift" en Fishman (1972); Cooper (1982); Wardhaugh (1987).
62. Sobre los "géneros discursivos", véase Bajtín (1952-3); sobre los "registros", véase Hymes (1974) y Halliday (1978), pág. 31 y siguientes.
63. Lakoff (1990), págs. 99 y 100.
64. Bourdieu (1972), pág. 78; Goffman (1961). Véase Hymes (1974).
65. Gumperz (1982a).
66. Fishman (1972).
67. Ferguson (1959).
68. Mohrmann (1958-61), págs. 103-111.
69. Woodbine (1943).
70. Citado en Weinrich (1985), pág. 190.
71. W. Frijhoff de la Universidad de Rotterdam está trabajando en un estudio sobre el francés en los Países Bajos.
72. Swetschinski (1982), págs. 56 y 57.
73. Drewes (1929); Whinnom (1977). Véase Folea (1968-70).
74. Coates (1969).
75. Pratt (1987).
76. Le Roy Ladurie (1966), pág. 279.
77. Samarin (1972).
78. Vianello (1957).
79. Weber (1976), cap. 6.
80. Dos clásicos estudios etnográficos son Labov (1972b) y Frake (1972). Traté de seguir mi propio punto de vista desarrollado en Burke (1987), particularmente en los capítulos 7 y 9.
81. McLuhan (1964), cap. 1.
82. Brown y Levinson (1987).
83. Burke (1987), pág. 88.
84. Boccacini (1678), vol. 1, pág. 38.
85. Rinuccini (1863).
86. Labov (1972b), págs. 297-353. Véanse Dundes, Leach y Özkök (1972); Flynn (1977).
87. Burke (1987), págs. 95-109.
88. Basso (1974). Sobre la carta de amenaza, véase Thompson (1975).

89. Morris (1964), págs. 187 y siguientes.
90. Ahern (1981), cap. 2.
91. Venecia, Biblioteca Correr, ms Donà 418, i, 5.
92. Detalles en Burke (1978), cap. 3.
93. Masini (1665), pág. 157. Puede verse un famoso ejemplo en Firpo (1985), pág. 196 y siguientes, y 214 y siguientes.
94. Notestein (1935).
95. Sutherland (1935), cap. V.
96. Un empleo inusualmente explícito de esta metáfora sobre el reflejo es Vossler (1913).
97. Stone (1977), págs. 329 y siguientes.
98. Barbagli (1984), págs. 273 y siguientes.
99. El estudio sociolingüístico clásico es Brown y Gilman (1960).
100. Aretino (1975); Liebreich (1985); Adami (1946), pág. 27.
101. Le Roy Ladurie (1975), pág. 515.
102. Guha (1983), pág. 49 y siguientes.
103. Véanse Friedrich (1966); Lyons (1980).
104. Bauman (1983); Scott (1976), pág. 237.
105. Burke (1978), cap. 9.
106. Halliday (1978), cap. 9.
107. Davies (1984), pág. 9.
108. Brenneis y Myers (1984), págs. 1 y 2; Le Page y Tabouret-Keller (1985).
109. Strong (1984).
110. Bloch (1975), introducción; Payne (1981).
111. Goodrich (1986), cap. V.
112. Greenblatt (1991), págs. 97 y 98.
113. Foucault (1961); Cicourel (1973).
114. Moogk (1979); Burke (1987), págs. 95 a 109.; Garrioch (1987).
115. Derrida (1972).
116. Sobre los humanistas, véase Seigel (1966); sobre los cuáqueros, véase Porter (1987).
117. Althusser (1970).
118. Bennett (1981), págs. 191 a 218.
119. Lakoff (1975).
120. Halliday (1978), pág. 164.
121. De Certeau y otros (1975); Lartichaux (1977); Higonnet (1980); Lyons (1981); Boyer y Gardy (1985); Flaherty (1987).
122. Hay una amplia bibliografía sobre este tema que incluye Wall (1969); Gardy (1978); Jones (1980); Durkacz (1983); Grillo (1989a).
123. Balcells (1980), págs. 39 a 46.
124. Fabian (1986), pág. 142. Véase Smith (1984); Andersen (1988); Crowley (1989); Fairclough (1989); Grillo (1989b); Williams (1992).

125. Pueden encontrarse discusiones generales en Brosnahan (1963); Calvet (1974); Fabian (1986) y Kiernan (1991). Sobre el español, véanse Wagner (1920, 1949); Castro (1941); Heath (1972); Rosenblatt (1977); Heath y Laprade (1982). Sobre el inglés, véanse Ramson (1970); Mazrui (1978); Cohn (1985). Sobre el portugués, véase Rodrigues (1985).

126. Drewes (1929), pág. 140.

127. Lombard (1990), pág. 79 y 134.

128. MacDonagh (1983), cap. 7.

129. Whiteley (1969); véase Fabian (1986).

130. Stedman Jones (1983), pág. 101.

131. Furet (1978); Hunt (1984), cap. 1.

132. De Certeau y otros (1975); Lartichaux (1977); Higonnet (1980); Lyons (1981); Flaherty (1987).

133. Heath (1972).

134. Hunter (1988); véase Miller (1971).

135. Karpat (1984).

136. Macmullen (1962).

137. Craig (1982).

138. Beccaria (1968), págs. 39 y siguientes.

139. Citado en Durante (1981), pág. 224.

2

***“Heu Domine, Adsunt Turcae”:* esbozo de una historia social del latín posmedieval**

Bien conocida es la importancia que tuvo el latín en la cultura erudita de la Europa medieval. Pero, a partir de 1500 la cuestión se hace más complicada. ¿Determinó el Renacimiento que surgiera el latín o surgieran las lenguas vernáculas? ¿Declinó el latín en los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX o sólo en el siglo XX? Formuladas en esta forma simple las preguntas son imposibles de responder. Es preciso reformularlas en el lenguaje de los sociolingüistas, algunos de los cuales están actualmente preocupados por los problemas de difusión, mantenimiento, cambios de lenguas y recesión de las lenguas.¹

La ventaja de apoyarnos en la teoría sociolingüística consiste en que ella nos ayuda a distinguir no sólo entre diferentes partes de Europa y diferentes clases de latín (clásico y no clásico, hablado y escrito), sino también entre diferentes clases de usuarios (clérigos y laicos, varones y mujeres) y entre diferentes temas o, para emplear el término técnico, entre diferentes “dominios” lingüísticos.² La “diglosia” o “división lingüística del trabajo” entre el latín y las lenguas vulgares en la Europa moderna temprana no era diferente de la diglosia entre formas clásicas y vernáculas del árabe, tal como la analizaron sociolingüistas contemporáneos.³

Si se llevan a cabo estas distinciones resultará claro que el latín continuó siendo una lengua viva en una serie de situaciones hasta fines del siglo XIX. Este es el tema del presente capítulo que está dividido en tres secciones principales; éstas corresponden a los tres principales dominios lingüísticos en que se empleó el latín: el eclesiástico, el académico y el pragmático.

De ser posible, este estudio del latín “posmedieval” tomaría la Edad Media como una línea de base desde la cual pudieran medirse los cambios. Sin embargo, como ya lo han descubierto estudiosos de la moderna “secularización” o “descristianización”, resulta sumamente problemático trabajar con una línea de base que abarca alrededor de mil años. Como observó recientemente un estudioso italiano, “el latín medieval es uno pero no es monolítico”.⁴ Por ejemplo, el latín se empleó mucho más ampliamente en la sociedad laica italiana del siglo XIII de lo que se lo empleara, digamos, en Inglaterra.⁵ Desgraciadamente no poseemos una historia general de los usos del latín en la Edad Media. A lo sumo lo que podemos hacer aquí es invocar de vez en cuando la Edad Media tardía en contextos específicos.⁶

Aún menos se ha trabajado sobre el período posmedieval en los tres dominios que hemos de estudiar aquí. Este estudio no pretende más que ofrecer ejemplos que estén en conflicto con el cuadro tradicional del triunfo de las lenguas vernáculas durante el siglo XVII (si no ya durante el siglo XVI) y establecer unas pocas conclusiones provisionales que podrían resumirse en la forma de tres paradojas del modo siguiente.

1. Los protestantes que estaban empeñados en rechazar el latín en las iglesias eran a menudo mejores latinistas que los católicos empeñados en mantenerlo.

2. Un distinguido erudito clásico sostuvo que “la lengua latina fue enterrada por el humanismo” (*durch den Humanismus die lateinische Sprache zu grabe getragen würde*).⁷ En otras palabras, la decadencia del latín se debió primordialmente no a los que se oponían a la Antigüedad clásica sino a quienes la sostenían, los humanistas, cuya insistencia en las normas clásicas convirtió el latín de una lengua viva en una lengua “muerta”.

3. Aunque declarado “muerto”, el latín no estaba sepultado. Continuó siendo útil y hasta vigoroso en dominios particulares y en partes especiales de Europa durante los siglos XVIII y XIX.

El latín eclesiástico

El latín fue la lengua oficial de la Iglesia Católica Romana durante la mayor parte de su historia, no sólo con fines litúrgicos (al reemplazar al griego en el siglo iv d. C.) sino como la lengua del gobierno papal, de los tribunales eclesiásticos, de las visitas episcopales, de los sínodos provinciales, de los concilios generales y de otras actividades eclesiásticas.⁸ Las encíclicas de los papas dirigidas a los fieles eran escritas y están escritas en latín como nos lo recuerdan sus títulos (*Rerum Novarum*, *Quadragesimo Anno*, etc.). Las actas del Concilio Vaticano II (*Acta Synodalia Concilii Oecumenici Vaticani II*) se publicaron en latín entre 1970 y 1980.

Los historiadores sociales deben, por supuesto, estar atentos a la distancia que hay entre lo oficial y lo que no es oficial. Puede muy bien haber ocurrido que el clero que asistía a sínodos provinciales empleara la lengua vulgar en sus discusiones, aunque los decretos emanados de ellas quedaron registrados en latín. Después de todo, muchos sermones de los siglos xv y xvi pronunciados por predicadores llamados populares como Gabriele Barletta y Olivier Maillard se publicaron en latín, cuando en realidad deben de haberse pronunciado en lengua vulgar. Por otro lado, es improbable que las misas se dijera en otra lengua que no fuera el latín o que los obispos de diferentes partes de Europa, reunidos en concilios generales, se comunicaran en algún otro idioma.

Más de una explicación puede darse de la persistencia del latín en este dominio. En primer lugar, una lengua internacional era un valioso recurso de una organización internacional (la cual a su vez ayudaba a establecer y mantener el latín como lengua internacional). En segundo lugar, el empleo de un idioma no vulgar obraba como una marca que subrayaba la naturaleza especial de textos tales como la Biblia y ritos como el de la Misa.⁹ La controversia que siguió a la introducción de la liturgia vernácula (o más exactamente la medida que dejaba ésta a discreción de los obispos) en el Concilio Vaticano II reveló la fuerza de la adhesión al latín, por lo menos en algunas partes de la Europa católica. Desde luego, los católicos no son el único grupo religioso que emplea una lengua “muerta” como lengua

de poder espiritual; los hindúes, los budistas, los judíos y los musulmanes, por ejemplo, emplean el sánscrito, el pali, el hebreo clásico y el árabe clásico de una manera parecida.¹⁰

Sin embargo, igualmente evidentes (por lo menos para nosotros) son los inconvenientes de intentar comunicarse con toda la población de la cristiandad en una lengua que sólo entendía una minoría relativamente pequeña de la población. Algunos de los laicos creían que el uso del latín era un ardid clerical para mantener secreta la fe, “y luego venderla al por menor” (*le vendono a poco a poco, como si dice a minuto*).¹¹ Así y todo, habría que hacer hincapié en que la minoría que entendía el latín excluía a no pocos miembros del clero medieval. No nos sorprende enterarnos de que muchos de los curas párrocos ignoraban el latín debido a la falta de facilidades para enseñarles; pero aun en el caso de los monjes, según un bien conocido medievalista, “comprobamos que las autoridades suponían una gran dosis de ignorancia del latín y hacían traducciones especiales para uso de los hermanos ignorantes”.¹²

Críticas de la preponderancia del latín en la iglesia fueron hechas de vez en cuando a fines de la Edad Media, especialmente por los valdenses y por los wyclifitas que insistían en poseer versiones vernáculas de las Escrituras. Esas críticas se hicieron aun más vigorosamente a principios del siglo XVI. Erasmo, por ejemplo, en su *Paraclesis* (1516) abogaba por la traducción de la Biblia en lengua vulgar:

Querría yo que hasta las mujeres de condición más baja leyeran los Evangelios y las Epístolas de Pablo. Y querría que esas obras se tradujeran a todas las lenguas para que pudieran leerlas y entenderlas no sólo los escoceses e irlandeses, sino también los turcos y los sarracenos... Como resultado de ello, querría yo que los granjeros cantaran algunos pasajes mientras aran, que los tejedores canturriaran algunas partes al compás del movimiento de su lanzadera, que el viajero aligerara la pesadez de su jornada con historias de este género.¹³

Lo irónico del caso es que Erasmo propiciaba estas cosas en latín y tenía que hacerlo así para que le prestaran oídos. En efecto, lo oyeron, pero sin hacerle caso; el Concilio de Trento condenó las Biblias escritas en lengua vulgar que habían estado

circulando por el mundo católico a fines de la Edad Media y que ahora eran asociadas con la herejía.

En cuanto a la liturgia, en 1513 los eremitas venecianos Paolo Justiniani y Vincenzo Querini escribieron al Papa en favor de las lenguas vernáculas y esta proposición se discutió en el Concilio de Trento, donde fue apoyada por el cardenal de Lorena y los obispos franceses.¹⁴ Como las liturgias se habían fijado en griego, copto y eslavo eclesiástico ya a principios de la historia de la iglesia, esta sugerión no violaba ningún principio. Así y todo y a pesar de que se sentía la necesidad de recuperar a recientes conversos al protestantismo, la proposición no obtuvo éxito, por lo menos en Europa. Después de un prolongado debate, en el que algunos religiosos principales se pronunciaron en favor de la lengua vulgar, el Concilio de Trento terminó por declarar en 1562 que “si alguien dijera que la Misa debería celebrarse en lengua vernácula... anatema para él” (*Si quis dixerit... lingua tantum vulgari missum celebrari debere... anathema sit*).¹⁵ A fines del siglo XVI las Scuole della Dottrina Christiana, organizadas para impartir a los niños de las familias pobres un conocimiento elemental de teología y de las letras, enseñaban el *Ave Maria*, el *Credo*, el *Pater Noster* y el *Salve Regina* en latín, no en italiano, como nos enteramos por el *Summario* impreso que se distribuía a los niños.¹⁶

En la práctica se hicieron concesiones. Después del Concilio de Brest-Litovsk, en el que representantes de la iglesia ortodoxa del reino de Polonia-Lituania acordaron aceptar la supremacía papal, siempre que se les permitiera conservar sus propias costumbres, pudieron celebrarse ceremonias católicas en el antiguo eslavo eclesiástico. En la Europa central oriental, los obispos mostraban cierta simpatía por las lenguas vulgares. En la diócesis de Esztergom, por ejemplo, el húngaro, el alemán y el eslavo, así como el latín, se podían usar para ceremonias bautismales y matrimoniales.¹⁷ En las misiones fuera de Europa, a veces también se hicieron concesiones. El Concilio de Lima, por ejemplo, decretó en 1582 que los indios (a diferencia de los alumnos italianos de las Scuole della Dottrina Christiana) no debían ser obligados a aprender en latín las oraciones o el catecismo.¹⁸ En 1615, los chinos y en 1631, los persas, obtuvieron el privilegio de una liturgia que podía celebrarse en una

lengua diferente del latín (en mandarín en un caso y en árabe clásico en el otro).

Los sermones dirigidos al pueblo generalmente se daban en lengua vulgar. Cuando San Carlos Borromeo criticó a su colega episcopal Gabriele Paleotti por predicar en latín, Paleotti replicó que su sermón estaba dirigido a los magistrados y doctores que se sentaban cerca del altar mayor, en tanto que el resto del pueblo, que ocupaba lugares más alejados, era incapaz de oírlo.¹⁹ En el caso de las visitas episcopales francesas, se pasó del empleo del latín al del francés durante los siglos XVI y XVII.²⁰ En esos casos, la introducción de la lengua vernácula no tenía la peligrosa implicación de que los protestantes siempre habían estado en lo cierto.

En todo caso, es preciso tener en cuenta las consideraciones a que daba lugar, del lado protestante, así como del lado católico, el simple hecho de asociar el catolicismo con el latín y el protestantismo con las lenguas vulgares. En los primeros años del protestantismo la liturgia reformada se decía en latín. Hasta la *Misa alemana* de Lutero, publicada en 1526, estaba destinada solamente al día domingo, pero existía una liturgia latina que continuaba empleándose en los demás días de la semana. Lutero, Melanchthon y Zuinglio escribieron en latín y en alemán, Calvino en latín y en francés. A decir verdad, de las 130 obras de Calvino, 79 fueron escritas en latín.²¹

Como Erasmo, estos reformadores se encontraban presos en un dilema. Escribir en latín implicaba separarse del pueblo corriente, pero escribir en lengua vulgar era separarse del resto de la Europa culta. Como la lengua materna de Erasmo era hablada por relativamente pocas personas, no nos sorprende comprobar que este autor se decidiera por el latín en sus 3.000 cartas privadas, así como en sus voluminosas obras; se ha consignado que habló en su lengua nativa sólo en su lecho de muerte. Sus últimas palabras fueron *lieve God* ("amado Dios"). Antes había estado balbuceando en latín *O Jesu, misericordia*, etcétera.²²

Los reformadores protestantes, por otra parte, solían preferir una solución bilingüe por la cual pasaban de la lengua vernácula al latín según el tema y los interlocutores, y se traducían o se hacían traducir al latín en ocasiones, como en el

caso de los famosos folletos de Lutero, *La libertad de un cristiano* y *El cautiverio babilónico de la Iglesia*. Esta solución de compromiso daba buenos resultados —otra ironía— porque los religiosos protestantes del siglo xvi, muchos de los cuales habían seguido cursos universitarios, eran probablemente mucho más competentes en latín que sus colegas católicos. En cuanto a la liturgia, la diferencia entre las posiciones de protestantes y católicos ha sido resumida como “una evolución en direcciones opuestas”, a medida que los reformadores llegaban a ver los problemas que implicaba abandonar el latín y los católicos, los problemas que planteaba conservarlo.²³

El latín académico

En estudios recientes se ha hecho resaltar la importancia de la literatura escrita en latín durante los siglos xvi y xvii —y aún después— de manera que no necesitamos tratar aquí de manera pormenorizada este tema.²⁴ Algunos de los primeros humanistas se mostraban hostiles al empleo de las lenguas vulgares en literatura, como por ejemplo Giovanni del Virgilio, quien aconsejaba a Dante que escribiera en latín su *Divina Comedia*.²⁵ Muchos importantes humanistas del siglo xvi escribieron tratados en defensa del latín, especialmente Romolo Amaseo, *De latinae linguae uso retinendi* (1529); Carlo Sigonio, *De latinae linguae uso retinendi* (1566); y Uberto Foglietta, *De linguae latinae praestantia* (1574).²⁶

El latín se usó para componer poesía lírica y épica, para escribir en prosa, para redactar obras de ficción, etc. En el siglo xv los principales poetas latinos incluían a Mantuano, Pontano y Sannazzaro que trabajaban en Italia. En el siglo xvi se destacaron el humanista alemán Conrad Celtis, el polaco Clemens Janicius (Janicki) y el holandés Johannes Secundus, famoso por sus *Besos* (*Basia*) publicado en 1541; y en el siglo xvii, Milton y dos jesuitas, el italiano Famiano Strada y el “Horacio polaco”, Maciej Kazimierz Sarbiewski. También en Francia la poesía compuesta en latín continuaba floreciendo en la primera parte del reinado de Luis XIV.²⁷ En el siglo xviii no menos de nueve poemas sobre el sistema del universo de Newton se publicaron en latín; uno de ellos se debía al importante astrón-

nomo jesuita Ruggiero Boscovitch.²⁸ Todavía en el siglo XIX se componía poesía de primera clase en latín; especialmente la cultivó Giovanni Pascoli (que murió en 1912). El papa León XIII fue también un destacado poeta latino.²⁹

En cuanto a la prosa, quizá valga la pena hacer hincapié en el renacimiento de la literatura de imaginación redactada en latín durante los siglos XVII y XVIII: ejemplos de éstos son el *roman à clef* político de John Barclay, *Argenis* (1621), y la novela satírica de Ludvig Horberg sobre las aventuras subterráneas de Niels Klimt, *N. Klimii Iter Subterraneum* (1741). En lo que se refiere al drama, su relación con la enseñanza del latín aseguró un permanente flujo de obras de teatro durante los siglos XVI y XVII, especialmente en colegios jesuitas.³⁰

Con todo eso, la importancia del latín en la cultura europea posmedieval está ilustrada aun más vivamente por el gran número de traducciones hechas al latín durante el período moderno temprano: más de 528 publicadas entre 1485 y 1799.³¹

Entre los textos medievales tardíos redactados en idioma vulgar que fueron latinizados en ese período se contaban *Troilo y Cresida*, de Chaucer, el *Decamerón* de Boccaccio, las *Crónicas* de Froissart y las relaciones de Marco Polo sobre sus viajes. Muchos de los famosos textos renacentistas escritos en lengua vernácula y en Italia fueron también “popularizados” de esta manera; entre ellos están los *Diálogos* de Aretino, *El príncipe* de Maquiavelo, la *Historia de Italia* de Guicciardini, *El Galateo* de Giovanni Della Casa y dos obras teatrales de Ariosto, en tanto que no menos de tres versiones latinas de *El cortesano* de Castiglione (o partes de esta obra) aparecieron durante el siglo XVI. Entre las traducciones del español al latín se contaban versiones de *Reloj de príncipes* de Guevara, la novela de Mateo Alemán, *Guzmán de Alfarache*, y el tratado psicológico de Huarte, *Examen de ingenios*. Las traducciones del francés incluían escritos políticos de Comynes, Seyssel y Bodin, así como algunos poemas de Ronsard; entre las traducciones del alemán se contaban *La nave de los locos* de Brant y los viajes de Heinrich von Staden; y entre las traducciones del inglés se contaba *Calendario del pastor* de Spenser. Durante el siglo XVI se publicaron en traducción latina por lo menos 166 textos redactados en lenguas vulgares.

Traducciones de este tipo fueron aun más importantes en el siglo xvii cuando por lo menos se publicaron 312 textos. A principios del siglo xvii el campo estuvo dominado por obras piadosas de la Contrarreforma, generalmente escritas en italiano o español, traducidas por alemanes y publicadas en Colonia con destino a los católicos del norte de Europa. Las traducciones también incluían obras de Arnauld (la *Lógica* de Port Royal), de Bacon (los *Ensayos*), de Boileau (el *Lutrin* y la oda sobre la toma de Namur), de Descartes (el *Discurso del método* y las *Pasiones del alma*), de Galileo (la *Carta a la Gran Duquesa*), de Hobbes (el *Leviatán*), de Locke (*Sobre el entendimiento humano*), de Malebranche (*La búsqueda de la verdad*), de Pascal (especialmente las *Cartas provinciales*), y también la *Historia del Concilio de Trento* debida a Paolo Sarpi y hasta la *Historia de la Reforma* de Gilbert Burnet publicada por primera vez en 1679.

En el siglo xviii la lista de libros traducidos al latín cae verticalmente a 69 textos que van desde la *Elegía* de Gray (en tres versiones independientes) hasta las obras filosóficas de Kant. Con todo, el hecho de que aún llamemos “Confucio” al filósofo chino Kung Fu Tzu nos indica que sus escritos se habían difundido por Europa a partir de fines del siglo xvii en una traducción latina realizada por un grupo de jesuitas.

Hasta fines del siglo xvii y acaso principios del siglo xviii era más corriente que las obras de ilustración se publicaran más en latín que en cualquier otra lengua vernácula, ni siquiera el francés. El *Discurso del método* de Descartes le había valido al autor un distinguido lugar en la historia del “surgimiento” o la “emancipación” del francés, pero hay que señalar el hecho de que Descartes escribió algunos de sus libros en latín, como por ejemplo, sus *Meditaciones*. Lo mismo hicieron Francis Bacon, Thomas Hobbes (*De Cive*, por ejemplo), John Locke e Isaac Newton. Galileo se decidió por la lengua vulgar a partir de 1612 porque deseaba que “todo el mundo” pudiera leer acerca de sus descubrimientos y opiniones; esta decisión suscitó protestas por parte de conocidos extranjeros como Mark Welser. Sin embargo el *Mensajero celeste* de Galileo y otras obras suyas se habían escrito en latín.³²

Hasta las reivindicaciones de sus respectivas lenguas nativas presentadas en el siglo xvii por el poeta alemán Martin Opitz y el jesuita checo Bohuslav Balbín se redactaron en latín, ya sea para llegar a un público internacional, ya sea a causa de que la dignidad del tema así lo requería. A estos ejemplos podría agregarse uno todavía más famoso, *De vulgari eloquentia*, de Dante, sólo que aquí el empleo del latín tenía la ventaja de no prejuzgar sobre la cuestión de cuál clase de italiano debía usarse.³³

Se ha afirmado que a mediados del siglo xvii se produjo el momento culminante en que del latín se pasó a usar la lengua vernácula en Francia y que esto ocurrió en Alemania a principios del siglo xviii. En el caso de Francia, los testimonios proceden del contenido de bibliotecas; en el caso de Alemania, de los libros exhibidos para su venta en las ferias anuales de Frankfurt y de Leipzig. En Leipzig, en 1701, el 55 por ciento de las obras expuestas estaban escritas en latín; en 1740 la proporción se había reducido al 27 por ciento.³⁴ La fundación del *Journal des Savants*, de las *Nouvelles de la République des Lettres* y otros periódicos de ilustración de fines del siglo xvii contribuyeron mucho a establecer el francés como la nueva lengua de la comunidad de hombres instruidos.

Contribuyeron mucho pero eso no era todavía suficiente. Una de las más importantes publicaciones especializadas internacionales era las *Acta Eruditorum* de Leipzig que comenzó a aparecer en 1682 y utilizaba el latín, aun cuando las reseñas de libros se hacían en lengua vulgar, como por ejemplo, la reseña de la obra de Bayle sobre los cometas o de la obra de Bossuet sobre la historia universal. Su imitación sueca, las *Acta literaria Sueciae* fundada en 1720 seguía la misma orientación, indudablemente para asegurarse una lectura internacional. Cuando la Academia de San Petersburgo comenzó a publicar sus actas en la década de 1720 también se valió del latín y en esa lengua aparecieron los *Commentarii Academiae Scientiarum Imperialis Petropolitanae*. Todavía a mediados del siglo xviii podían encontrarse eruditos que casi no leían otra cosa que no estuviera escrita en latín, como por ejemplo Vico. Si bien Vico decidió redactar su *Nueva Ciencia* en italiano, sus obras anteriores estaban escritas en latín. A menudo se han citado las

palabras de Vico contenidas en una carta de 1726 en las que el autor se lamentaba por la caída de los precios de libros latinos en Nápoles, como consecuencia de la declinación de la demanda.³⁵

En el siglo XVIII semejantes actitudes parecían ya anticuadas y la victoria de las lenguas vulgares era incuestionable. El periodista francés Jacques Vincent Delacroix fue cruelmente correcto cuando en la década de 1770 comparó el latín con una casa, "*richement meublée, spacieuse et abandonée*".³⁶ Sin embargo, la derrota del latín no era completa y conviene señalar que posteriormente se escribieron obras eruditas en esa lengua.³⁷ El matemático suizo Jakob Bernoulli publicó su *Ars conjectandi* en esa lengua en 1713. Posteriormente, también en el siglo XVIII, su compatriota Leonhard Heuler publicó su *Mechanica* (1736) y su *Introductio in analysin infinitorum* (1748) aunque también escribió en francés y en alemán. Todavía a mediados del siglo XIX el matemático alemán Carl Friedrich Gauss publicaba sus obras en latín.

Los matemáticos no eran los únicos que escribían en latín. Algunas tradiciones académicas exigían realmente que las publicaciones estuvieran escritas en latín. En la Francia del siglo XIX las tesis para obtener el doctorado en letras debían redactarse en latín, cualquiera que fuera su tema, como por ejemplo, la poesía de Keats (A. J. Angellier, *De John Keatsii vita et carminibus*, 1892) o la jurisdicción criminal del Châtelet de París (L. J. Batiffol, *De castelleto parisiensi circa 1400 annum et qua ratione criminales judicaverit*, 1899) o las medidas fiscales de Luis XVI (P. Sagnac, *Quomodo jura dominii aucta fuerint regnante Ludovico Sexto Decimo*, 1898) o el desarrollo del método sociológico (C. Bouglé, *Quid e Cournoti disciplina ad scientias "sociologicas" promovendas sumere liceat*, 1899) a pesar de la necesidad de emplear neologismos tales como *scientiae "sociologicae"*. Entre los autores que publicaron tesis de este género se contaban Henri Bergson (*Quid Aristoteles de loco senserit*, 1889); E. J. Renan (*De philosophia peripatetica*, 1852); Charles Seignebos (*De indole plebis romanae apud Titum Livium*, 1882) y tal vez el más famoso de todos, E. Durkheim (*Quid Secundatus politicae scientiae instituendae contulerit*, 1892). Sería interesante saber si estas tesis redacta-

das en latín eran por entero obra de sus autores o si existía alguna clase de servicio de traducción extraoficial accesible. En algunas universidades de los Países Bajos y en el siglo XIX era posible encontrar especialistas en redactar disertaciones en latín.³⁸

El latín académico era no sólo una lengua escrita sino también una lengua hablada. Es bien sabido que las lecciones y discusiones universitarias se realizaban en esa lengua y que muchas escuelas no sólo enseñaban el latín sino que lo hacían en latín e insistían en que los niños hablaran latín hasta en las horas de recreo. Lo que resulta difícil es distinguir entre teoría y práctica, determinar variaciones regionales y de otra índole en esa práctica y fijar fechas, sobre la base de fuentes escritas. No pretendemos que los ejemplos que ponemos a continuación sean típicos; los presentamos simplemente para mostrar la dificultad de generalizar y para alentar en este terreno una investigación más sistemática.

En el caso de las escuelas, no tenemos duda de que el dominio del latín oral se exigía frecuentemente a los alumnos con lo que, como es comprensible, se daba un valor práctico al latín (éste es un punto que trataremos en la sección siguiente de este ensayo). De ahí la importancia de los diálogos impresos para uso de los escolares, especialmente los diálogos de Erasmo y Cordier, la importancia del estudio de las comedias de Plauto y Terencio (a pesar de que eran sospechosas de inmoralidad), el surgimiento del llamado “drama escolar”, es decir, las funciones regulares de obras teatrales en latín representadas por los escolares y la institución del *lupus*, el “lobo” o espía de quien se esperaba que informara al maestro si escuchaba que sus camaradas hablaban en lengua vulgar durante los recreos. Montaigne y Roberto Gentili fueron casos excepcionales por cuanto se les enseñó el latín como su primera lengua, pero estas excepciones podrían considerarse un caso extremo de la general insistencia de que los niños de la clase alta dominaran en tierna edad el latín.

Por otro lado, no deja de chocarnos que una de las gramáticas latinas más famosas del Renacimiento, *Elegantiae linguae latinae* de Lorenzo Valla, estuviera escrita enteramente en latín, de suerte que no se la podía entender sin un conoci-

miento previo de la lengua que esa gramática pretendía enseñar. La importancia de las gramáticas latinas escritas en latín condujo a un historiador de la educación a hacer un comentario sobre el “método directo” empleado en la educación renacentista.³⁹ Ese historiador bien puede estar en lo cierto. Un notable y relativamente bien documentado ejemplo de esta manera de enfocar la educación, que da más importancia a la capacidad de conversar que a la gramática misma, es el de un humanista flamenco, Nicolas Clenardus, que enseñó en Portugal y que experimentó su nuevo método con tres esclavos negros antes de introducirlo en sus clases.⁴⁰

Sin embargo no debemos apresurarnos a sacar conclusiones sobre los métodos de enseñanza empleados en el Renacimiento. No sabemos si el libro de Valla era usado de manera general como manual de los estudiantes o era sólo para uso del maestro o si muchos maestros del siglo xvi daban sus explicaciones mezclando la lengua vulgar con el latín hablado oficial.

De cualquier forma, hay testimonios de la creciente insatisfacción por el monopolio del latín en las aulas, por lo menos a partir del siglo xvii, desde Jan Amos Comenius con su *Janua linguarum* (1631) —otra crítica del latín redactada en latín— hasta Jean-Baptiste de La Salle. En las escuelas alemanas del siglo xviii por lo menos “algunas de las explicaciones que exigían las clases de latín se daban en alemán”.⁴¹ Sin embargo, enseñar a los niños a leer en latín continuó siendo una práctica normal en Francia hasta la década de 1870 y prevaleció en algunos lugares hasta el siglo xx.⁴²

En el caso de las universidades poseemos algo más de información sobre las variaciones y cambios de las prácticas. El latín hablado era la norma en la Europa moderna temprana y llegaba hacia el este hasta la Academia Teológica de Kiev de principios del siglo xvii, donde Peter Mogila, que se oponía a la unión con Roma, deseaba que sus alumnos entendieran al enemigo.⁴³ Así y todo, algunos maestros empleaban la lengua vulgar o permitían que sus estudiantes la usaran. En 1765 Antonio Genovesi afirmaba que era el primer profesor que enseñaba filosofía en italiano en la Universidad de Nápoles (¿qué habrá pensado Vico de esto?) pero no era esa la primera vez que se utilizaba el italiano en clases y lecciones dadas en la

península.⁴⁴ En el siglo XVI y en la Facultad de Derecho de la Universidad de Roma, el latín era el idioma más comúnmente usado para los debates, aunque en casos de dificultad se podía hacer uso del italiano según ciertas disposiciones.⁴⁵

A fines del siglo XVI, en los Países Bajos el matemático Simon Stevin enseñaba en holandés.⁴⁶ Alrededor de la misma época y en París, Louis Le Roy, que enseñaba política, daba algunas de sus lecciones en francés.⁴⁷ Un estudiante inglés de medicina, Edward Browne (hijo del famoso sir Thomas) fue a París en 1664 para asistir a las lecciones de Guy Patin, “pero quedé muy decepcionado en mis esperanzas de comprender todo lo que decía porque usaba demasiado la lengua francesa”.⁴⁸ En Montpellier unos años después, John Locke asistió a un debate desarrollado en la Facultad de Medicina; su lacónico comentario fue “latín duro” y “mucho francés”.⁴⁹ En el Collège Royal de París, el profesor Delaunay daba en francés lecciones de derecho en 1680 (aunque en su momento se lo criticó por hacerlo de esta manera).⁵⁰

También en el mundo germanohablante pueden encontrarse excepciones a esta regla del latín. Ya en 1501, el humanista Heverlingh disertaba sobre Juvenal en alemán en la Universidad de Rostock. Paracelso dio sus famosas lecciones de Basilea (1526-7) en alemán antes de que lo despidieran por ello, y uno se pregunta si ese medio no tradicional de expresión no se consideraba tan ofensivo como el mensaje tan poco ortodoxo que transmitía. Sin embargo, Christian Thomasius parece “haber sido el primero en anunciar un curso de lecciones en alemán”, un curso sobre la ética del escritor español Baltasar Gracián, desarrollado en la Universidad de Halle en 1687.⁵¹ Su ejemplo fue seguido en Leipzig por A. H. Francke.

También en Gran Bretaña encontramos excepciones a la regla del latín. A principios del siglo XVII se empleaban tanto el inglés como el latín en las lecciones del Gresham College, latín para los oyentes extranjeros e inglés porque, como lo expresó sir Thomas Gresham en su testamento, “la mayor parte del auditorio suele ser de ciudadanos y otras personas tales que poseen escasos conocimientos, si no ya ninguno, de la lengua latina”.⁵² Las críticas de John Webster a las universidades de Oxford y Cambridge, contenidas en su *Academiarum Examen* (1654),

por impartir sus enseñanzas en latín parecen haber sido poco escuchadas en su tiempo. Es más, unos pocos años después, el presidente y los miembros del Queen's College de Cambridge mandaban a los alumnos que hablaran latín a las horas del almuerzo y de la cena.⁵³ En el siglo XVII, en el Harvard College, el empleo del inglés estaba prohibido dentro del recinto de la institución.⁵⁴ Hablar latín era señal de que uno era estudiante y aparentemente bastaba para provocar alborotos en las calles y hasta se llegara al homicidio, por lo menos en el norte de Francia durante los siglos XVI y XVII.⁵⁵

Por otro lado, a principios del siglo XVIII, un estudiante danés que se encontraba en Oxford —y que posteriormente llegó a ser un famoso hombre de letras— manifestaba que si bien él mismo hablaba el latín “con dificultad y vacilaciones” comprobó que “los ingleses admiraban la prontitud y fluidez con que yo me expresaba en esa lengua. La verdad es que ese ejercicio está tan descuidado en Inglaterra que no encontré a nadie, salvo al doctor Smalridge, que pudiera hablar latín de manera tolerable”.⁵⁶ Parece que en Escocia el siglo XVIII fue el momento en que se pasó del latín a la lengua vulgar. Se dice que el filósofo Frances Hutcheson fue el primer profesor de Glasgow en dar sus elecciones en inglés, aunque había ofrecido su lección inaugural en latín en 1730.

Sin embargo, en algunas partes de Europa el latín persistió hasta bien entrado el siglo XIX como la lengua de la instrucción. El abogado George Bergmann (1805-92), que estudió en Leiden y Gante, daba exámenes orales en latín. Gauss todavía daba lecciones en latín en Göttingen a mediados del siglo XIX, en tanto que se supone que Jean Charles Naber disertaba sobre derecho romano en latín en la Universidad de Utrecht todavía en 1911.⁵⁷

En ocasiones especiales el latín continuó empleándose aún más tiempo, quizás para dar a esas ocasiones mayor solemnidad, para mostrar que en cierto sentido eran sagradas. Las lecciones inaugurales, por ejemplo, continuaron dándose en latín durante el siglo XIX. Así dio Ranke su lección inaugural en Berlín, en 1836, sobre el conocimiento de la historia y la política y su distinción (*De historiae et politicae cognitione atque discrimine*), ocasión en la que se lamentó, mientras preparaba

la conferencia, por el hecho de que “desgraciadamente todavía se exige una disertación y una conferencia en latín, cosa que yo no deseaba hacer”.⁵⁸ En la Universidad de Leiden, en 1850, un distinguido arabista, Dozy, escandalizó al dar su exposición en holandés en lugar de hacerlo en latín. En Cambridge el latín continuó siendo la lengua de las Oraciones Harveianas hasta fines del siglo XIX, costumbre que culminó en una ocasión sumamente embarazosa recordada por lord Moran como “ese nefasto día de octubre de 1864 cuando Robert Lee comenzó la Oración Harveiana en latín y tuvo luego que terminarla en su propia lengua”.⁵⁹ Hasta hoy el latín continúa siendo la lengua de los panegíricos en ocasión de concederse doctorados honorarios, panegíricos que pronuncia un orador público en Oxford, Cambridge y algunas otras universidades continentales como Lund.

En todo caso, hasta principios del siglo XX era posible suponer que los europeos instruidos poseían por lo menos un conocimiento elemental del latín. De ahí el empleo del latín como lengua cifrada que hacían los blancos de la clase media en Africa en una de las novelas de John Buchan, *Prester John* (1910).

El latín pragmático

He acuñado la frase “latín pragmático” para designar una variedad de usos prácticos de esa lengua, generalmente en contextos internacionales, como la diplomacia y los viajes, pero también en la esfera del derecho y en ocasiones hasta del comercio. Todavía en la década de 1870, algunos colegios de Oxford, como Lincoln y Merton, continuaban dando sus comunicaciones en latín.⁶⁰

En mayor o menor medida, el latín se usó como la lengua del derecho en toda Europa. Expresiones tales como *habeas corpus* nos recuerdan que el latín se empleaba hasta en regiones como Inglaterra en las que la influencia del derecho romano era relativamente leve. A principios de la guerra civil inglesa, la Comisión de Array, que convocaba a la milicia para luchar en favor del rey, daba sus comunicaciones en latín, con el resultado de que en Somerset los opositores del rey, “tradujeron las

palabras al inglés que más les gustaba”.⁶¹ En algunas partes de Europa y a principios de la Edad Moderna se produjo una rebelión contra el latín que usaban los hombres de leyes. En 1534, por ejemplo, miembros de la clase acomodada polaca criticaron su uso en la Dietina o asamblea local reunida en Sroda mientras que, por otra parte, en 1539, con la famosa ordenanza de Villers-Cottèrets, Francisco I disponía que se empleara el francés en documentos legales.⁶² Análogas demandas hicieron los radicales como John Jones, durante la revolución inglesa.⁶³

Las críticas al latín jurídico fueron probablemente más fuertes en Italia a pesar de que el derecho estaba allí aun más vinculado con el latín que en otras partes. En 1444, por ejemplo, el pueblo de Curzola se quejaba de que los “caballeros” explotaran su conocimiento del latín para perjudicar al pueblo ordinario (los *popolari*).⁶⁴ El Menocchio de Carlo Guinzburg no fue el único en denunciar el uso del latín en los tribunales considerado “una traición a los pobres” (*un tradimento de’poveri*).⁶⁵ Es evidente el paralelo con la crítica que hizo Gelli al latín eclesiástico (tema al que ya nos referimos), y resulta interesante ver que Paolo Giustiniani y Vincenzo Querini abogaban por el empleo del italiano en documentos notariales así como en la Misa. Sin embargo el latín jurídico sobrevivió en los estados eclesiásticos hasta la revolución de 1831.⁶⁶

En ocasiones el latín era la lengua que se empleaba en la política interna de los Estados. Tenemos por lo menos un ejemplo de un primer ministro que hablaba en latín a su soberano: sir Robert Walpole que le hablaba en latín a Jorge I. El hijo de sir Robert, Horace, declaró que “sir Robert gobernaba el reino de Jorge I en latín, pues el rey no hablaba inglés y el ministro no hablaba alemán y ni siquiera francés. Mucho se habló sobre aquel episodio en que sir Robert, al descubrir algún ardid o falsedad en uno de los ministros hannoverianos, tuvo la firmeza de decir al alemán en presencia del rey: *Mentiris impudentissime!*”⁶⁷

El caso más conocido del empleo del latín en la política interna es sin embargo el de la Dieta húngara. Sus *Acta* se registraban en latín y es probable que esa lengua se empleara en la mayor parte de los discursos puesto que los oradores

húngaros, croatas y eslovacos no podían comunicarse entre sí de otra manera. El latín se usó también para muchas comunicaciones oficiales del Sacro Imperio Romano, ya por razones prácticas, ya por razones simbólicas. La monarquía austríaca también empleaba el latín para comunicarse con Hungría y Eslovaquia (que todavía estaban fuera del imperio). Los funcionarios financieros de la Hofkammer de Viena, por ejemplo, mantenían correspondencia en latín con sus equivalentes de Bratislava. El emperador José II decidió que el alemán fuera la lengua de la administración y comunicó a los húngaros en 1784, en un estilo de verdadero despotismo ilustrado, que una lengua muerta no podía ser razonablemente empleada para fines oficiales. A la nobleza le disgustó aquel cambio, pues asociaba el latín con la libertad, y en la década de 1790, Leopoldo restableció el uso del latín. Esta lengua continuó siendo el idioma oficial del reino de Hungría hasta 1844.⁶⁸

Sin embargo fue en el terreno de las relaciones internacionales donde el latín, tanto hablado como escrito, se impuso realmente y continuó siendo importante en toda Europa durante los siglos XVI y XVII, y sobrevivió considerablemente más en algunas esferas. En los días en que las noticias aparecían en volúmenes anuales, en lugar de aparecer semanal o diariamente, una de las series más conocidas se publicaba en latín: el *Mercurius Gallobelgicus* apareció en Colonia y Frankfurt entre 1594 y 1630.

No ha de sorprendernos el hecho de que los príncipes necesitaran secretarios especialistas en latín, no sólo en el Renacimiento cuando Budé sirvió a Francisco I y Ammonio a Enrique VIII, sino hasta bien entrado el siglo XVII. La comunidad inglesa, por ejemplo, empleó a Georg Weckherlin, a John Milton y a Andrew Marvell por su dominio del latín. Los príncipes no eran los únicos que necesitaban secretarios que dominaran el latín. El arzobispo Parker de Canterbury empleó a J. Joscelyn a partir de 1558.

Jorge I dista mucho de ser el único gobernante que, según los registros, hablaba latín. El emperador Maximiliano se enorgullecía de sus conocimientos del latín (y de otras varias lenguas).⁶⁹ La reina Isabel lanzó improperios en latín en una famosa ocasión de 1597 cuando se consideró insultada por el

embajador polaco.⁷⁰ En una ocasión más amistosa, en Copenhague y en 1634, Christian IV le habló en latín al embajador francés d’Avaux quien le había dirigido la palabra en italiano.⁷¹ D’Avaux también le hablaba en latín a la reina Cristina de Suecia que tenía entonces 8 años o, más exactamente, le hablaba por encima de la cabeza de la niña a Salvius quien replicaba en la misma lengua.⁷²

Sin embargo, no hay que suponer que los diplomáticos de principios de la Edad Moderna hablaran en un latín fluido; sólo se esperaba que lo manejaran de alguna manera. George Downing fue excepcionalmente franco, pero tal vez no haya sido un caso excepcional, cuando confesó en 1655 al secretario Thurloe que había “hablado lo mejor que pude en latín durante una entrevista de dos horas con el cardenal Mazarino”.⁷³

El latín no era la única lengua de la diplomacia en el siglo XVII, pero generalmente ese medio tenía sus ventajas. Comúnmente los tratados se redactaban en latín en los siglos XVI y XVII; por ejemplo, la Paz de Westfalia de 1648, publicada en 1651, rezaba *Tractatus Pacis inter Hispaniam et Unitum Belgium Monasterii*. En Gran Bretaña continuó empleándose durante mucho tiempo el latín en los tratados internacionales, como puede comprobarse echando una ojeada a los reunidos en *Foedera* (1704-32) por Thomas Rymer. ¿Y de qué otra manera podía comunicarse un portugués (por ejemplo) con un sueco? Cuando Francisco de Sousa Coutinho era embajador en Estocolmo en el siglo XVII, las comunicaciones por ambas partes se traducían al latín.⁷⁴

Las ventajas del latín eran tanto simbólicas como pragmáticas, según lo explicó el canciller sueco, Axel Oxenstierna al embajador inglés Bulstrode Whitelocke en 1653. El canciller, que hablaba fluida y cabalmente el latín, declaró que

si bien podía hablar francés no lo hacía, pues no conocía razón alguna para que esa nación fuera más honrada que las demás y para que su lengua fuera empleada por extranjeros; sino que el canciller pensaba que el latín era más honorable, más rico y más adecuado en su uso, porque los romanos habían sido amos de una gran parte del mundo y en el presente su lengua no era peculiar a ningún pueblo.⁷⁵

Por más que hubiera importantes razones, en algunas esferas el latín logró resistir el empuje del francés como lengua de la diplomacia durante el reinado de Luis XIV. Contrariamente a lo que afirma la leyenda, tanto el latín oral como el latín escrito se emplearon, así como el francés, en las negociaciones de Nijmegen, que condujeron al tratado de paz de 1679 entre Francia y sus enemigos (el imperio austríaco, España y las Provincias Unidas [hoy Holanda]).⁷⁶ En Frankfurt en 1682, el imperio insistía en emplear el latín y Francia en emplear el francés.⁷⁷ Continuaron redactándose tratados en latín hasta mucho después, incluso aquellos firmados entre Inglaterra y Suecia en 1720 y entre el imperio austríaco y Suecia en 1757. A fines del siglo XIX, el emperador de la casa Habsburgo todavía escribía en latín al rey de Suecia.⁷⁸

En el reinado de Luis XIV, Colbert realizó considerables esfuerzos para proyectar una imagen favorable del rey y de sus obras, tanto en el exterior como en el interior del país. Con ese fin hizo acuñar medallas para conmemorar los acontecimientos principales del reino. Hizo erigir estatuas y los textos de las inscripciones de esas estatuas se pusieron en circulación. Se levantaron voces en favor del francés como lengua de las inscripciones, pero en la práctica casi siempre se empleó el latín, a pesar de que el famoso debate entre antiguos y modernos se desarrollaba en esa época. El latín era todavía el único medio seguro de llegar a un público internacional.⁷⁹

Simple particulares también comprobaron que el latín era útil, o hasta indispensable, en ocasiones. Todavía a mediados del siglo XVIII, Voltaire mantenía una pequeña parte de su correspondencia internacional en latín (aunque esa parte era menor que la italiana o hasta la inglesa). Ingleses que viajaban al exterior en el período moderno temprano solían (como sir Robert Walpole) hablar más fluidamente en latín que en francés, italiano, español o alemán. Entre aquellos de los que sabemos que hablaban latín en Francia y en Italia se cuentan Thomas Coryat, sir George Courthop, quien conversó con un jesuita en el famoso convento de las monjas poseídas de Loudun, Peter Heylyn (quien habiéndose perdido en las calles de París, preguntó a unos sacerdotes sobre el camino) y John Locke, que no lograba comunicarse con nadie en Lyón.⁸⁰ Gilbert Burnet

que hablaba italiano se vio reducido a hablar en latín en Normandía porque no comprendía el dialecto local.⁸¹ Samuel Johnson hablaba también, según Boswell, “muy resueltamente el latín” en Francia y, según la señora Thrale, mantuvo una larga conversación en esa lengua con un abate de Ruán.⁸²

En el siglo XVII los franceses que visitaban Inglaterra comprobaron que el latín les resultaba igualmente útil, como lo indican dos ejemplos mencionados por John Evelyn. Cuando éste presentó “un joven francés de la Sorbona” a Jeremy Taylor, los dos hombres comenzaron a discutir en latín sobre el problema del pecado original. Análogamente, el refugiado hugonote, el ministro Pierre Allix, comprobó que el latín era el mejor medio para comunicarse con el arzobispo de Canterbury.⁸³ El doctor Johnson tal vez haya sido un poco anticuado al conservar el hábito de hablar en latín a fines del siglo XVIII. Es comprensible que hablara latín con el astrónomo jesuita Ruggiero Boscovitch (un croata que enseñaba en Italia), pero resulta algo más sorprendente el hecho de que cuando fue presentado a un distinguido francés en la Academia Real “no se dignara a hablar en francés, sino que lo hizo en latín, por más que Su Excelencia no lo comprendiera, debido quizás a la pronunciación inglesa de Johnson”.⁸⁴

Sin embargo Johnson no fue el último inglés que recurrió al latín cuando se encontraba con extranjeros. En nuestro propio siglo Hilaire Belloc, con una especie de perversidad johnsoniana insistía en hablar latín en Italia y comenzó una conversación con un sacerdote de la aldea de Sillano diciendo “*Pater, habeo linguam latinam, sed non habeo linguam italicam*”.⁸⁵

En una época en que los holandeses no eran tan concedores del inglés como lo son hoy, cabía esperar que los ingleses hablaran latín en los Países Bajos; por ejemplo sir Philip Sidney habló en latín en su lecho de muerte en Zutphen.⁸⁶ Asimismo, las extemporáneas palabras que la reina Isabel dirigió al embajador polaco en 1597 tienen un paralelo con la conversación que mantuvo con un capitán español, Pedro Sarmiento de Gamboa, en 1586. “El capitán conversó con ella en latín durante más de dos horas y media”. Sarmiento también conversó en latín con sir Walter Raleigh.⁸⁷ Ejemplos de esta clase pueden multiplicarse a gusto.

Fue sobre todo en la Europa central y oriental donde el latín se consagró como una *lingua franca* indispensable, según lo muestra el ejemplo de la Dieta húngara ya mencionado. Cuando Enrique, duque de Anjou, fue a Polonia después de haber sido designado rey de ese país en 1573, los franceses de su séquito quedaron sorprendidos (e indudablemente aliviados) al descubrir que casi todos los miembros de la clase media y “todo tipo de personas, hasta los posaderos” hablaban latín.⁸⁸ Los franceses evidentemente advirtieron grandes diferencias entre Polonia y Francia, por más que las exageraran. En 1643, un soldado español comprobó que el latín le era útil en Varsovia (como hube de comprobarlo yo mismo en 1964 cuando, habiéndome perdido, pregunté a un sacerdote por el camino).⁸⁹ Un caballero polaco de mediados del siglo XVII, Jan Pasek, que se encontraba en la campaña de Dinamarca, nos dice que lo habían destinado a Jutlandia “principalmente debido a mi latín”, como si sus camaradas no poseyeran conocimientos de esa lengua. Luego continúa explicando que “allí los campesinos saben hablar latín”, probablemente otra exageración a juzgar por la falta de comunicación con que se encontró al llegar.⁹⁰ Otro testimonio de la familiaridad que tenía la nobleza polaca con el latín es el del duque de Saint-Simon, quien observó que cuando los polacos agasajaron al príncipe de Conti “todos ellos hablaban latín y muy mal latín, por cierto” (*ils parlaient tous Latin et fort mauvais Latin*).⁹¹ El testimonio de las cartas familiares polacas apunta en la misma dirección.⁹²

La relativa importancia del latín en la Finlandia del siglo XVIII también puede explicarse desde el punto de vista práctico si se lo considera una *lingua franca* para una nación que razonablemente no podía esperar que los extranjeros aprendieran su lengua. Una observación semejante puede hacerse en el caso de Islandia. Alguien que visitaba Reykjavic en 1856 descubrió que “muchos de los habitantes hablan inglés y uno o dos hablan francés, pero, salvo estas lenguas, la única posibilidad que uno tiene es el latín”. El viajero también consigna que asistió a un banquete donde los discursos se dijeron en latín.⁹³ En Hungría la situación era más o menos la misma. Es bastante corriente encontrar a húngaros que mantenían correspondencia en latín —en alguna clase de latín— en los siglos XVI y XVII.⁹⁴

Y también que hablaban en esa lengua en la vida cotidiana. El médico Edward Browne (a quien ya nos hemos referido cuando era estudiante en París) observó que “la lengua latina es muy útil en Hungría y Transilvania” donde “la hablan muchas personas, especialmente de la clase media y soldados, y también hasta cocheros, barqueros y personas de vil condición... se hacen entender por esa lengua”.⁹⁵

El hecho de que Browne tuviera razón, particularmente en lo tocante a los soldados, está indicado por un incidente que comprende al futuro mariscal de Bassompierre, que se encontraba en campaña contra los turcos cerca de Esztergom en 1603. Se enviaron exploradores en busca del enemigo y uno de ellos volvió galopando a toda velocidad mientras le gritaba al militar extranjero: *Eu domine, adsunt Turcae* (“¡Ay, señor, los turcos están aquí!”). En este caso, el conocimiento del latín podía considerarse necesario para sobrevivir.⁹⁶

Conclusiones

Este breve examen de los usos del latín en diferentes dominios lingüísticos plantea una serie de cuestiones acerca de la clase de latín que se escribía y se hablaba en la Europa posmedieval y acerca de la geografía, la sociología y la cronología de su uso. En el estado actual de nuestros conocimientos, sólo es posible indicar algunas respuestas a estas preguntas. Pero en este punto podría ser útil definir con mayor precisión los principales problemas que debe afrontar la futura investigación.

Por ejemplo, sería interesante saber más sobre la “división del trabajo” entre el latín y las lenguas vernáculas, y sobre las reglas conscientes e inconscientes para pasar de un código a otro. El caso excepcional de Montaigne nos ayuda a revelar la norma. Montaigne nos dice que se le enseñó el latín como su primera lengua, “su lengua natural” y ello determinó que cuarenta años después, este autor volviera a emplearla en casos de “*extrêmes et soudaines émotions*”.⁹⁷ Sin embargo, normalmente, hasta quien hablara y escribiera el latín con gran perfección (Erasmus, por ejemplo, como lo sugieren sus últimas palabras) lo empleaba como segunda lengua y lo más probable

es que pensara en su lengua vernácula. Es posible que el comentario de Coulton sobre los latinistas medievales sea cierto en el caso del período moderno temprano: “En los más íntimos pensamientos de hasta los hombres más ilustrados, la lengua materna parece siempre o casi siempre tener la supremacía”.⁹⁸ Aun las encíclicas de un acabado latinista como León XIII eran redactadas en italiano y traducidas al latín por el secretario de letras latinas (aunque a veces el Papa improvisaba modificaciones).⁹⁹ Se ha sostenido con cierta plausibilidad que los poetas neolatinos enfrentaban serios problemas cuando tenían que expresarse y comunicar emociones porque escribían en una lengua que, tanto para el escritor como para el lector, estaba desprovista de las asociaciones de la primera infancia.¹⁰⁰

Ejemplos como éstos son los que me llevaron a formular la segunda paradoja a la que hice referencia, a saber que la decadencia del latín se debió principalmente no a los opositores de la Antigüedad clásica, sino precisamente a sus sostenedores, los humanistas, cuya insistencia en atenerse a normas clásicas determinó que el latín se convirtiera de una lengua viva en lo que Pietro Bembo llamó una lengua “muerta”. Esta afirmación puede muy bien ser exagerada. Después de todo, atenerse a normas de este tipo nunca determinó que murieran lenguas vulgares coloquiales como el francés o el inglés.

Hay también que señalar que por lo menos algunos humanistas no temían modificar el uso clásico del latín cuando lo consideraban necesario. Irónicamente, el latín, “lengua muerta” debía emplearse para expresar ideas nuevas, a causa de la falta de términos abstractos en la mayor parte de las lenguas vulgares europeas. La gradual consagración de las lenguas vernáculas desarrollada en los siglos XVI y XVII como lenguas de los tratados científicos tenía que ver con la latinización de dichas lenguas; debieron acuñarse nuevas palabras y éstas normalmente derivaban del latín.¹⁰¹

Las variedades de latín empleadas en ese período también merecen atención. Podríamos comenzar considerando el hecho de que pronunciaciones diferentes del latín hacían a veces problemáticas las comunicaciones internacionales. La pronunciación inglesa del latín era (y quizás aún lo es) notoriamente

difícil de entender para otros latinistas. Samuel Sorbière se quejaba de esta circunstancia cuando visitó Inglaterra a mediados del siglo xvii.¹⁰² Lo mismo sentía el erudito bíblico Samuel Bochart.¹⁰³ John Evelyn confirmó la justicia de esta queja cuando hizo comentarios sobre la “extraña pronunciación del latín” que tienen sus compatriotas, “de suerte que fuera de Inglaterra nadie era capaz de comprenderla ni sufrirla”.¹⁰⁴ Algo semejante expresó Robert Samber en la dedicatoria de su nueva traducción (1729) de *El cortesano* de Castiglione: “Varios extranjeros ilustrados de las partes más cultas de Europa me han dicho que les resulta penoso oírnos hablar en latín”.

Los humanistas del Renacimiento reavivaron el latín clásico, especialmente el ciceroniano, y lo emplearon no sólo para escribir sus obras literarias sino también en los tribunales, donde algunos de ellos pasaban la mayor parte de su tiempo. Leonardo Bruni, por ejemplo, obtuvo importantes puestos en el gobierno a causa de sus grandes conocimientos del latín clásico.¹⁰⁵

Sin embargo, como hubieron de descubrirlo historiadores humanistas, el latín clásico no resultaba realmente apropiado como lengua para describir el mundo posclásico. ¿Cómo habían de describirse nuevos fenómenos y técnicas (como la pólvora o la imprenta), nuevas instituciones (como el papado), nuevas religiones (desde el islamismo al protestantismo), o partes del mundo desconocidas para los romanos (desde China hasta Perú)? Algunos humanistas resolvieron el problema “clasicizando” lo moderno, por ejemplo, llamando al Papa *Pontifex maximus* (un antiguo título romano) o a Lombardía “Galia Cisalpina”. A otros no los satisfacía esta solución, ya fuera que, como Uberto Foglietta, declararan que la historia moderna debería escribirse en lengua vulgar, ya fuera que, como Hugo Grocio, inventaran nuevos términos, por ejemplo, *Calvinistae* o *Protestantes*.¹⁰⁶

El latín medieval sobrevivió también a los ataques de los humanistas en la Iglesia, en las universidades y en los despachos de muchos abogados y notarios. En el caso de la Iglesia, el latín medieval y el latín renacentista coexistían. Para encontrar un ejemplo del choque producido en el siglo xvi entre las dos variedades de latín podemos considerar el texto de los *Ejercicios*

espirituales de San Ignacio de Loyola, que fueron traducidos del latín bastante idiosincrásico de San Ignacio a una forma más clásica por el jesuita de formación humanista André des Freux.¹⁰⁷ Un ejemplo más reciente y muy controvertido es el de la nueva traducción del *Salterio* al latín clásico (o en todo caso a una forma clasicizante), traducción encargada por el papa Pío XII y completada en 1944; se la criticó mucho porque suponía una ruptura con una larga tradición cristiana.¹⁰⁸

En las universidades la persistencia, o mejor dicho el renacimiento, de la filosofía escolástica producido en los siglos XVI y XVII significaba que el latín medieval no estaba en modo alguno muerto. Es difícil no simpatizar con aquella señora que escribió al *Espectador de Leipzig* en 1723 para manifestar que amaba la filosofía, pero no podía entender, la “jerga latina” (*das rothwelsche Latein*) en que se la discutía.¹⁰⁹

El latín medieval contenía no sólo términos posclásicos, sino también construcciones modeladas según las lenguas vernáculas. Por ejemplo, el cronista italiano del siglo XV Stefano Infessura emplea frases que deben retraducirse de nuevo al italiano para ser inteligibles. Para decir “barato” utiliza la frase *pro bono fora* (en italiano, *a buon mercato*) y para decir “se levantó”, emplea la frase *erexit se in pedes* (en otras palabras, *si levò in piedi*).¹¹⁰

Fue esta clase de “latín tosco” (*latinus grossus*) lo que parodió el monje humanista Teofilo Folengo en poemas como el *Liber Macaronices* (1517), así llamado porque estaba escrito en un latín “macarrónico”, tan tosco como los macarrones. En su poema épico burlesco *Baldus*, por ejemplo, Folengo obtenía algunos efectos cómicos acuñando términos no clásicos para designar armas modernas: *alebardae* (alabardas), *partesanae* (partesanas), *picchiae* (picas), *spontones* (espontones), etc.¹¹¹ Otros humanistas escribieron en prosa macarrónica y produjeron por lo menos dos obras maestras, las *Epistolae obscurorum virorum* y el *Passavant*. Este último texto es una obra de propaganda antipapal escrita en un verdadero estilo rabelesiano en el que se describe al papa Julio III que se lleva al retrete, para leerlo allí, el texto de un propagandista antiprotestante, “y cuando quiso limpiarse el trasero con él comprobó que el estilo era tan áspero y duro que desgarró todas las apostólicas

asentaderas” (*et ibi cum voluisset semel suas nates abstergere cum illo, reperit vestrum stilum tam durum, quod sibi decorticavit totam Sedem Apostolicam*).¹¹²

El latín macarrónico era a la vez un objeto de mofa, un símbolo de la ignorancia del clero tradicional y un medio satírico muy próximo a la lengua vulgar, coloquial, directa.¹¹³ Estos diferentes tipos de latín “vernacularizado” son lo inverso de la lengua vulgar latinizada que se empleaba en ciertos círculos en Europa a fines de la Edad Media y a principios de la Edad Moderna.

En esta interacción e interpenetración de latín y lengua vulgar no nos sorprende encontrar ejemplos en los que se pasa de una a otra forma. Documentos en latín, como contratos o interrogatorios, pueden pasar súbitamente a la lengua vernácula cuando se necesita un término técnico intraducible. En el caso del contrato entre Domenico Ghirlandaio y Giovanni Tornabuoni, por ejemplo, sobre las obras que debían pintarse en la iglesia de Santa Maria Novella de Florencia, se establecía que las pinturas “como se dice en lengua vulgar debían estar hechas al fresco” (*ut vulguriter dicitur, posti in fresco*).¹¹⁴ Los sínodos diocesanos italianos frecuentemente pasaban a la lengua vulgar para identificar las prácticas populares que trataban de reformar: *vulgo cicale, vulgato nomine Nizzarda*, etcétera.¹¹⁵

El proceso inverso era también común. Tanto en el discurso oral como en el escrito existía la tendencia a pasar al latín en ciertos puntos. Así lo hizo por ejemplo Lutero en sus *Charlas de sobremesa* y también ocurre esto en los registros del Riksdag sueco del siglo xvii, o también en el caso de la Cámara de los Comunes de Inglaterra, cuyos textos están plagados de frases latinas como el siguiente: “así como en la *corruptissima republica* puede haber *plurimae leges*, así también es cierto, como lo dijo hoy el obispo de Winchester en su sermón, que *ex malis moribus bonae leges oriuntur*.”¹¹⁶ Los interrogatorios practicados por los inquisidores y otros eclesiásticos quedaban generalmente registrados en latín, pero las respuestas podían consignarse en lengua vulgar. En la Italia del siglo xv, por ejemplo, o en la Alemania del siglo xvii, las cartas escritas en lengua vulgar solían comenzar o terminar con frases latinas, tal vez para dar al texto mayor dignidad.¹¹⁷ De manera parecida,

Maquiavelo empleó el latín para escribir los títulos de los capítulos de *El príncipe*.¹¹⁸ Asimismo, el cronista Marino Sano- nudo pasaba regularmente de su lengua vernácula, el venecia- no, a términos latinos como *licet, etiam, tamen, tunc, succincte, in sacris*, etc., para volver luego al veneciano.¹¹⁹

Esta manera de pasar de una lengua a otra puede haber sido más fácil para los italianos que para los demás europeos, pero ciertamente esta práctica no se limitaba sólo a los italia- nos. Otro famoso cronista al que ya mencionamos en estas páginas, el noble caballero del siglo xvii Jan Pasek, introducía muchas frases latinas en su texto vernáculo, probablemente porque en su polaco materno faltaban los equivalentes (no podremos estar seguros de esta explicación hasta el momento en que se hagan estudios más cuidadosos y sistemáticos de los contextos en que se usaban frases latinas).¹²⁰

La pregunta final que hay que formular en este ensayo es una pregunta a la que suelen asignar suma importancia los historiadores sociales. ¿Quiénes empleaban el latín en las maneras que hemos mencionado? La respuesta convencional es “las clases ilustradas”, en el sentido de clérigos y religiosos, nobles y profesionales, especialmente durante los siglos xvi y xvii. Según esta idea convencional, la Europa de la primera parte de la Edad Moderna estaba dividida en dos culturas, una cultura internacional y docta, basada en el latín, y una cultura popular basada en las lenguas vernáculas. Podemos encontrar una dramática ilustración de esta oposición binaria en la ciudad de Metz, donde en enero de 1502 el obispo hizo representar una comedia de Terencio en el original latino y donde se encendió una revuelta porque el pueblo espectador no podía comprender lo que pasaba en escena.¹²¹

Así y todo, esta idea convencional es inadecuada. En primer lugar, no resulta demasiado difícil encontrar ejemplos de personas que ignoran el latín y de las cuales se esperaba que lo dominaran. Los sacerdotes, por ejemplo, como hubieron de descubrirlo los obispos de la contrarreforma cuando visitaron sus diócesis. Los gobernantes no siempre dominaban el latín, lo cual suscitaba complicaciones a los diplomáticos extranje- ros. El cronista borgoñón Georges Chastellain nos cuenta una anécdota sobre Felipe el Bueno que no comprendió un discurso

que se le dirigió en latín.¹²² Que algunos nobles del Renacimiento se encontraban en la misma situación está sugerido por tratados como los *Ricordi* (1554) de Saba da Castiglione, caballero de Malta, que escribió expresamente para jóvenes *cavalieri* sin conocimientos del latín. A algunos eruditos parece haberles resultado difícil hablar en latín. Ya nos hemos referido a los comentarios de Holberg sobre la Oxford del siglo XVIII. Hasta en la Italia del Renacimiento, famosos estudiosos tenían poca facilidad para hablar esa lengua. Cuando el emperador Federico III visitó Florencia en 1453, el humanista Carlo Marsuppini no logró pronunciar la oración latina que se esperaba de él, en tanto que un erudito del calibre de Carlo Sigonio parece que no logró comunicarse en latín con un visitante francés.¹²³

La gente que no poseía el conocimiento que debería haber poseído es quizás menos interesante y menos sorprendente que los ejemplos de gente que poseía ese conocimiento del latín y de quien (según la idea convencional) no se esperaba que lo tuviera. Si las comunicaciones de los colegios de Oxford y Cambridge continuaban redactándose en latín, esto sugiere que los miembros de esas entidades comprendían esa lengua.

Por otro lado, parece que mujeres europeas conocían mejor el latín de lo que generalmente se ha creído. El conocimiento del latín que tenía la reina Isabel era evidente y la reina distaba mucho de ser la única señora del Renacimiento en manejar esa lengua con soltura. La princesa renacentista Isabella d'Este hablaba latín. Otras señoras, como Isotta Nogarola, lo escribían con soltura y elegancia tales que bien merecen el título de "humanistas".¹²⁴ Todavía a fines del siglo XVIII, una princesa que no tenía pretensiones de erudita, Sofía, la madre de Jorge I, hablaba latín.¹²⁵

Aun mujeres de baja condición social comprendían algo de este idioma. La famosa familia Estienne de impresores hablaba latín a la mesa en su hogar de París, "de suerte que las doncellas llegaron a entender lo que se decía y hasta a hablar un poquito en latín".¹²⁶ La situación en la casa de Montaigne debe de haber sido semejante, puesto que el joven Michel creció hablando el latín como su primera lengua. Un caso aun menos frecuente fue el de la muchacha ciega que George Borrow conoció en Manza-

nares y que le contó en latín que un jesuita le había enseñado esa lengua.¹²⁷

Aun más sorprendentes son los casos de hombres de la clase baja que sabían latín sin mantener ningún contacto con las clases superiores. Un zapatero veneciano del siglo xvi, por ejemplo, al explicar sus opiniones teológicas a la Inquisición, pasó de pronto a decir en latín que “Dios desea que todo el mundo se salve” (*Deus vult omnes homines salvos fieri*).¹²⁸ Por supuesto, este caso puede haber sido excepcional, pero deberíamos recordar el testimonio de viajeros de que, por lo menos en la Europa central y oriental algunos posaderos y cocheros hablaban latín o, a lo menos lo suficiente para poder comunicarse con ingleses y franceses. Existe una geografía del latín, así como existe una sociología del latín.

Este es el momento de consignar algunos pocos ejemplos de no europeos que sabían latín, desde el anónimo turco que habló en latín a Coryate en Francia hasta Rustam Khan que habló en latín a François Bernier en la India.¹²⁹ En su misión a Etiopía cumplida en 1520, Francisco Alvares fue interrogado por el rey Lebna Dengel mediante un intérprete de latín. En una misión semejante al sha Abbas de Persia, realizada en 1620, el embajador imperial pronunció un discurso en latín que fue traducido por alguien de la corte.¹³⁰ Por lo menos un gobernante asiático de ese período dominaba él mismo el latín; se trata del príncipe Karaéng Patingalloang de Macassar.¹³¹

Hay también una cronología del latín y aquí es preciso corregir asimismo la idea convencional a que nos hemos referido. El latín no desapareció súbitamente a fines del siglo xvii y ni siquiera a fines del siglo xviii. Aún se lo hablaba y se lo escribía en algunos lugares y en algunas esferas durante el siglo xix y hasta el siglo xx. El imperio del latín puede haberse contraído a fines del siglo xvii y, si esto es cierto, el hecho daría más importancia y significación a los esquemas lingüísticos universales de aquel período.¹³² Irónicamente, el propio tratado de John Wilkins *Towards a Real Character and a Philosophical Language* fue una de las obras del período que se tradujo al latín.

En todo caso estos esquemas lingüísticos universales produjeron pocos frutos prácticos hasta fines del siglo xix. Ludovic

Zamenhof, por ejemplo, publicó el primer libro en esperanto, *Internacia Linguo*, en 1887. Como lo sugieren estas dos palabras, el esperanto es virtualmente una forma simplificada del latín, a pesar de haber sido elaborado en la Europa oriental o, precisamente, a causa de esa circunstancia.

La opinión convencional sobre la historia del latín alega que esta lengua decayó porque no se adaptaba al mundo moderno, porque no podía cambiar con los tiempos, ni incorporar nuevas palabras para designar nuevos fenómenos o fenómenos recién descubiertos.¹³³ Yo he tratado de sugerir, por el contrario, que fueron los usos prácticos del latín, en los que he hecho particular hincapié en este ensayo, los que ayudan a explicar por qué su empleo fue tan difundido y por qué sobrevivió tanto tiempo. El latín, en efecto, era conveniente para los estudiantes que así tenían alguna posibilidad de entender lecciones impartidas en universidades de toda Europa, y cuando el latín declinó, también declinó la costumbre de la “gira académica”, la *peregrinatio academica*, no menos importante que el más conocido Grand Tour. Para los diplomáticos, los viajeros y comerciantes en general era también conveniente tener una *lingua franca*.

Por supuesto, estas ventajas tenían su precio. Por ejemplo, el uso del latín ahondó aun más la brecha que había entre cultura de elite y cultura popular. Ese uso también excluía a las mujeres de buena parte de la cultura superior. La decadencia del latín, producida en el siglo XVIII, seguramente tiene algo que ver con el surgimiento de un público lector femenino, fenómeno que se dio aproximadamente en la misma época y en los mismos lugares. Los sociolingüistas seguramente tienen razón al hacer hincapié en el fenómeno del “desplazamiento lingüístico”, a saber, el hecho de que lenguas particulares se difundan precisamente porque la gente percibe que se difunden (los padres llegan a pensar que sería útil para sus hijos aprenderlas) e, inversamente, algunas lenguas decaen porque se percibe que están decayendo.¹³⁴

Sin embargo, sería ciertamente erróneo explicar el auge y la caída del latín desde un punto de vista puramente práctico. “El latín para sobrevivir” era importante, como nos lo revelan las memorias de Bassompierre, pero también existía el “latín

para impresionar”, para causar buen efecto, pues se consideraba signo de distinción. La importancia que tenía en este sentido queda revelada, por ejemplo, en el lenguaje del charlatanismo, especialmente en los anuncios publicitarios de remedios como el *Elixir Vitae*, *Aqua Celestis* o *Pillulae Radiis Solis Extractae*.¹³⁵ Un anuncio de un curandero de fines del siglo xvii hasta declaraba que éste, entre otras habilidades, “habla en latín” a “extranjeros que no saben hablar en inglés”.¹³⁶ Sería exagerado en exceso describir el estudio del latín como “un rito de pubertad renacentista”, pero habría mucho que decir sobre la sugestión de que se lo estudiaba en parte porque confería y simbolizaba estatus.¹³⁷

Siendo una atracción para algunos, el latín era para otros como una capa roja extendida frente a un toro. Para los cuáqueros y otros, el latín era “la lengua de la Bestia”, una clara referencia a la Iglesia de Roma y una posible referencia al monopolio de la gente ilustrada que el latín ayudaba a defender.¹³⁸ Para los reformadores de la educación, como un Christian Thomasius, el latín simbolizaba la filosofía escolástica o, de manera más general, “el peso de pasados hábitos de pensamiento”.¹³⁹ El latín era amado y odiado, no sólo por lo que facilitaba o por lo que hacía más difícil, sino también por sus asociaciones, por lo que simbolizaba.

Notas

1. Fishman (1972), págs. 76-134; Cooper (1982); Wardhaugh (1987).
2. Fishman (1965).
3. Ferguson (1959). Tavoni (1985), pág. 484, señaló la importancia que tiene el concepto de diglosia en los estudios sobre la relación entre el latín y las lenguas vernáculas.
4. Feo (1986), pág. 349.
5. Holmes (1986), págs. 72-73.
6. Meillet (1928) tiene la obra de un gran lingüista, sólo que termina mucho antes del período que tratamos en este ensayo. Manitius (1911-31) tiene una obra magistral, pero se interesa únicamente por la literatura. Existe un importante conjunto de estudios sobre el primer latín medieval, incluso de Lot (1931), de Jackson (1948), de Gratwick (1982), de Richter (1983). Entre las contribuciones más generales se encuentran Lehmann (1929), Coulton (1940), Norberg (1975-76), Sheerin (1987).
7. Norden (1898), pág. 773.

8. El único examen general de este terreno que yo conozco es el de Richter (1975). Sin embargo, el latín de la temprana cristiandad fue estudiado desde el punto de vista sociolingüístico por Schrijnen (1932) y por su discípulo Normann (1958-61).

9. Mohrmann (1957), págs. 12 y 26.

10. Tambiah (1968), especialmente págs. 23 y siguientes; las afirmaciones sobre el latín no son del todo exactas, pero el análisis comparado es esclarecedor.

11. Gelli (1967), pág. 69; véase Gaetano (1976).

12. Coulton (1940), pág. 27.

13. Traducido en Olin (1965), pág. 97.

14. V. Querini y P. Giustiniani, "Libellus", en Mittarelli (1755-73), vol. 9, pág. 681 y siguientes. Véase Travi (1984), especialmente pág. 52 y siguientes.

15. Citado en Feo (1986), pág. 369. Sobre los debates, Lentner (1964), capítulo 5; Coletti (1983).

16. Grendler (1984).

17. Béranger (1969), pág. 14, al citar el *Rituale Strigoniense* (1625).

18. Sáenz (1755), vol. 4, pág. 235. El decreto mismo estaba redactado en latín. Sobre el uso del quechua por la iglesia de Perú, véase Heath y Laprade (1982).

19. Coletti (1983), pág. 218.

20. Venard (1985), pág. 52.

21. Calvino (1863-1900). Como otras obras de la serie *Corpus Reformatorum*, esta colección fue publicada en latín.

22. Huizinga (1924), pág. 187.

23. Schmidt (1950), especialmente la pág. 170.

24. En Ijsewijn (1977) se encontrará un estudio con bibliografía completa. Véase Ijsewijn (1987).

25. Feo (1986), págs. 311-312. Klein (1957) hace un examen de las actitudes frente a esta cuestión desde Dante a Manzoni.

26. Tavoni (1985).

27. Vissac (1862).

28. Naiden (1952).

29. Traina (1971).

30. Valentin (1978).

31. Grant (1954); véase Burke (c. 1993a) y en el caso de Gran Bretaña, Binns (1990), capítulo 14.

32. Migliorini (1960), págs. 432 y siguientes.

33. Opitz (1617); Balbín (1775). Véase Kühlmann (1985).

34. Martin (1969), pág. 598; Goldfriedrich (1908), pág. 69.

35. Vico (1929), pág. 207.

36. Delacroix (1770-71).

37. Véase Basile (1984).

38. Bergmann (1988), págs. 96 y siguientes.
39. Ong (1958), pág. 11.
40. Watson (1915), especialmente las págs. 131-132.
41. La Vopa (1988), pág. 63; véase Gessinger (1980), págs. 65-79.
42. Brunot (1905), vol. 5, pág. 39.
43. Zernov (1961), pág. 148.
44. Genovesi (1775), vol. 2, págs. 51 y 52.
45. Conte (1985), pág. 81.
46. Branden (1956), pág. 77.
47. Ong (1958), pág. 13.
48. Browne (1923), págs. 3 y 4.
49. Locke (1953), pág. 50.
50. Brunot (1905), vol. 5, pág. 59.
51. Blackall (1959), pág. 12.
52. Citado en Hill (1965), págs. 34 y 35.
53. Twigg (1987), pág. 217.
54. Morison (1936), pág. 84.
55. Lille, Archives Départementales du Nord, B 1751, f. 39, B 1766, f. 188, B 1801, f. 143. Debo todas estas referencias a la gentileza de Robert Muchembled.
56. Holberg (1970), pág. 43. Holberg estuvo en Oxford entre 1706 y 1708.
57. Bergmann (1988), págs. 96-101; Gerbenzon (1987).
58. Citado en Wines (1981), pág. 106.
59. Citado en Newman (1957), págs. 50 y 51.
60. Green (1979), pág. 492.
61. Clarendon (1888), vol. 2, pág. 296.
62. Isambert (1827-1833), vol. 12, págs 592 y siguientes.
63. Citado por Hill (1965), pág. 261.
64. Cozzi (1980), pág. 74 y siguientes.
65. Guinzburg (1976), pág. 9. Curiosamente, Alessandro Manzoni hace que su héroe, el campesino Renzo, manifieste análogos sentimientos en la novela *I promessi sposi*, capítulo 2.
66. Feo (1986), pág. 372.
67. Walpole (1924), págs. 14-15. Sin embargo Hatton (1978), págs. 129 y siguientes, sostiene que el rey sabía algo de inglés.
68. Béranger (1969).
69. Waas (1941), pág. 34.
70. Stow (1601), págs. 1299 y siguientes, da una cuidadosa versión del incidente.
71. Ogier (1656), pág. 52.
72. *Ibid.*, págs. 148 y 150.
73. Birch (1742), vol. 3, pág. 734.
74. Ahnlund (1943), pág. 116.

75. Whitelocke (1855), vol. 1, pág. 300.
76. Brunot (1905), vol. 5, págs. 402.
77. *Ibid.*, págs. 411 y siguientes.
78. Westrin (1900), págs. 336, 338 y 339.
79. Le Laboureur (1667); Charpentier (1676). Véase Brunot (1905), vol. 5, págs. 16-23; Magne (1976); pág. 404 y siguientes, pág. 483 y siguientes; Beugnot (1979).
80. Lough (1984), págs. 11, 12, 165 y 198; Courthop (1907), pág. 107; Locke (1953), pág. 6.
81. Burnet (1686), pág. 111.
82. Boswell (1934), vol. 2, pág. 404; Piozzi (1974), págs. 93 y 94.
83. Evelyn (1955), vol. 3, págs. 171 y 288.
84. Boswell (1934), vol. 2, págs. 125, 404 y 406.
85. Belloc (1902), pág. 372.
86. Sidney (1973), pág. 171.
87. Markham (1895), págs. 341-342.
88. Cimber y Danjou (1836), vol. 5, pág. 142.
89. Citado en Braudel (1979), pág. 165.
90. Pasek (1929), págs. 23 y 24.
91. Saint-Simon (1983), vol. 1, pág. 406.
92. Kajanto (1979).
93. Dufferin (1903), págs. 22 y 39.
94. Se encontrarán ejemplos en Veres (1944). Sobre las deficiencias del latín de las cartas que el noble húngaro Adam Batthyany dirigió al Kriegshofrat de Viena, véase Evans (1979), pág. 259.
95. Browne (1673), págs. 13 y 14.
96. Bassompierre (1665), pág. 88.
97. Montaigne (1588), 1.26, 3.2.
98. Coulton (1940), pág. 15.
99. Antoniazzi (1957).
100. Spitzer (1955).
101. Sobre la falta de términos abstractos en polaco, véase Backvis (1958); en francés, véase Fevbre (1942), págs. 384 y siguientes. Sobre la latinización de las lenguas vulgares, véase Johnson (1944).
102. Citado en Brunot (1905), vol. 5, pág. 390.
103. Bochart (1692), pág. 3.
104. Evelyn (1955), vol. 3 pág. 288; véase Lauder, citado en Lough (1984), pág. 12.
105. Rizzo (1986), pág. 379.
106. Foglietta (1574), pág. 15; Grotius (1657).
107. San Ignacio (1963), pág. 186.
108. Mohrmann (1958-61), vol. 2, págs. 109-131.
109. *Der Leipzige Spectateur* (1723), pág. 119.
110. Infessura (1890), XVII.

111. Paoli (1959).
112. Beza (1554), pág. 37.
113. Hess (1971).
114. Milanesi (1901), pág. 134 y siguientes.
115. Corrain y Zampini (1970), págs. 43 y 235.
116. Stolt (1964) compara la práctica de Lutero con la del Riksdag; véase Notestein (1935), vol. 2, págs. 2, 5-6.
117. Migliorini (1960), pág. 246; Wallenstein (1912).
118. Chiappelli (1969), pág. 24 y siguientes.
119. Todos estos ejemplos figuran en la primera página del primer volumen de Sanudo (1879-1903).
120. Pasek (1929). Sólo en la primera página hay seis frases latinas, *ex commiseratione, ab antiquo, innatum odium, in vicinitate, oppressit, per amorem gentis nostrae*. Sobre esta práctica, véase Backvis (1958).
121. Vigneulles (1927-33), vol. 4, pág. 15.
122. Chastellain (1863), pág. 66.
123. Sobre Marsuppini, véase Vespasiano (1970-76), vol. 1, pág. 519; sobre Sigonio, De Thou (1838), pág. 280.
124. Grafton y Jardine (1986), capítulo 2.
125. Walpole (1924), pág. 121.
126. Citado en Armstrong (1954), págs. 15 y 16.
127. Borrow (1843), pág. 216.
128. Mackenney (1987), pág. 184.
129. Morison (1927), pág. 88.
130. Ijsewijn (1987), pág. 101.
131. Lombard (1990), págs. 107 y 108.
132. Sobre estos esquemas, véanse Knowlson (1975); Slaughter (1982).
133. Se encontrará un ejemplo de este tipo de crítica en Slaughter (1982), págs. 73-74.
134. Wall (1969).
135. Porter (1987), pág. 89.
136. La dirección se indicaba así: "At the Sign of the Moon and Stars in Leopard's Court in Baldwins Garden near Holborn".
137. Ong (1959).
138. Jones (1953), pág. 314.
139. Blackall (1959), pág. 13.